

LA CARTERA CUBANA.

SETIEMBRE.—1839.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.



Constitucion médica precedida de observaciones meteorológicas.

MES de Julio	BAROMETRO Francés.			TERMOMETRO DE Fahrenheit.			HIGROMETRO DE Saussure.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27p. 68	27p. 65	27p. 63	81° 50	86° 50	81° 10	63° ..	54° ..	59° ..
2	.. 70	.. 67	.. 71	82 20	87 75	81 40	56 ..	51 20	57 ..
3	.. 75	.. 72	.. 74	83 75	87 25	81 50	57 ..	52 20	60 ..
4	.. 74	.. 88	.. 70	84 ..	88 ..	81 55	56 ..	46 ..	55 ..
5	.. 71	.. 63	.. 65	84 ..	88 ..	81 55	61 ..	50 ..	62 ..
6	.. 62	.. 66	.. 65	83 50	87 50	81 3	60 ..	57 ..	61 ..
7	.. 67	.. 66	.. 67	83 50	85 10	81 1	59 50	59 ..	62 ..
8	.. 68	.. 68	.. 69	81 ..	85 35	81 2	61 ..	55 25	69 75
9	.. 73	.. 73	.. 74	81 ..	87 20	81 0	63 ..	62 20	64 ..
10	.. 74	.. 71	.. 70	80 60	85 50	81 3	62 50	55 ..	61 50
11	.. 70	.. 66	.. 69	82 ..	87 50	81 4	56 50	55 ..	60 ..
12	.. 69	.. 66	.. 72	83 ..	87 ..	81 2	60 ..	53 ..	63 ..
13	.. 75	.. 73	.. 75	82 ..	86 50	81 3	61 ..	58 ..	69 ..
14	.. 75	.. 71	.. 74	81 50	87 25	81 4	53 ..	56 ..	56 50
15	.. 72	.. 68	.. 70	83 ..	87 40	81 3	56 ..	53 50	63 50
16	.. 69	.. 65	.. 72	82 75	85 75	81 2	64 ..	55 35	61 ..
17	.. 73	.. 67	.. 67	83 ..	88 ..	81 3	63 ..	56 ..	62 ..
18	.. 75	.. 72	.. 73	83 ..	87 35	81 4	64 ..	55 ..	60 ..
19	.. 73	.. 68	.. 72	83 50	85 ..	81 4	62 ..	61 ..	65 ..
20	.. 74	.. 70	.. 75	83 ..	87 ..	81 50	63 ..	60 ..	62 ..
21	.. 75	.. 71	.. 74	82 50	86 75	81 3	60 ..	57 ..	63 ..
22	.. 76	.. 74	.. 75	81 75	85 10	81 50	67 ..	60 ..	65 ..
23	.. 76	.. 73	.. 73	82 ..	86 25	81 3	65 ..	67 ..	66 ..
24	.. 73	.. 67	.. 68	81 ..	86 ..	81 3	66 ..	58 ..	66 ..
25	.. 70	.. 65	.. 67	81 25	84 50	81 0	63 ..	66 ..	65 ..
26	.. 68	.. 68	.. 69	81 75	81 75	81 0	66 ..	65 ..	67 ..
27	.. 69	.. 68	.. 68	80 50	84 35	81 1	65 ..	67 ..	64 50
28	.. 67	.. 65	.. 67	81 25	86 20	81 3	65 ..	57 ..	65 ..
29	.. 67	.. 66	.. 68	82 50	86 75	81 50	60 ..	52 20	63 ..
30	.. 70	.. 67	.. 71	82 50	87 ..	81 3	62 ..	52 75	62 ..
31	.. 70	.. 66	.. 69	83 ..	86 25	81 20	63 ..	54 ..	61 ..

NUBARRONES.—El 6 a medio día, id. el 8 y por la tarde y noche con muchos truenos y relámpagos, idem con truenos el 10 a las 4 de la tarde, idem con truenos el 14 a 4 de idem, idem el 15 a 2 de id. el 24 desde siete de la mañana, el 20 y siete y 28 de cuando en cuando. LLOVIZNAS.—El 1° a 2½ de la tarde y a las 6½, idem el siete al anochecer, el 13 a 2 y cinco y ½ de la tarde, el quince a 3 de la tarde, idem el 22 y 23, el 26 a medio día hasta las cinco de la tarde. CHUBASCOS.—El siete a 4 de la tarde, el 9 de 10 a 2 de la tarde, el 19 a medio día, la tarde del 24 de cuando en cuando, el 20 y cinco casi todo el día de cuando en cuando. AGUACEROS.—El cinco a 6½ de la tarde, el siete a 1 del día, el 3 de 8½ a 10½ de la noche, flojos, el 12 a 3 y media de la tarde con truenos fuertes, idem con idem el diez y siete a 9 de la noche y el 18 a 6 de la tarde, el 19 a 11 uel día, el 21 con truenos a 4 de la tarde.

ESTADO
DE
HOSPITALES.

ENFERMEDADES.		MES DE JULIO DE 1839.			
		S. Ambrosio	San Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
			Pre- ^{os}	Particu	
MEDICINA.	Mania.....	1	..
	Apoplejías.....	2	..
	Epilepsias y convulsiones.....	4	1
	Anginas ..	5	1
	Gastritis agudas con fiebre.....	5	10	6	3
	Idem crónicas.....	..	9	3	2
	Tifo intertropical.....	589	77	..	1
	Fiebres intermitentes.....	13	15	4	1
	Bronquitis ..	78	16	10	2
	Odontalgia.....	2	..
	Reumatismos.....	5	9	13	..
	Neumonitis crónicas.....	1	14	6	4
	Hemoptisis.....	7	..	1	..
	Asmas	1
	Colitis nerviosa.....	..	1	3	..
	Idem diarréica.....	8	18	5	1
	Idem disentréicas.....	..	2	2	..
	Peritonitis.....	1
	Obstrucciones.....	2	..	1	..
	Nefritis simples.....	2	1
	Vaginitis.....	1
	Viruelas ..	8	5	5	5
	Varicelas.....	1	..
	Sífilis y dolores osteocopos.....	64	..	4	2
	Hidropesías.....	..	3
	Escorbulo.....	4
Anemia.....	..	2	2	1	
Contusiones.....	14	..	2	..	
Fracturas.....	1	
Heridas de armas blancas.....	2	2	15	..	
Idem por arrancamiento.....	..	1	
Tumores simples.....	17	2	6	..	
Antrax.....	1	..	
Lupias.....	1	..	1	..	
Parotiditis.....	1	..	
Lamparoses.....	..	1	1	..	
Bubones.....	37	..	1	..	
Fimosis y parafimosis.....	56	1	
Uretritis.....	49	..	1	..	
Catarrros vexicales.....	2	
Orquitis.....	2	..	
Hidroceles.....	9	
Hemorroides.....	2	
Úlceras y pústulas venéreas.....	40	15	13	3	
Idem pútridas.....	..	1	
Idem cancerosas.....	1	
Idem subinflamatorias.....	6	
Oftalmías agudas.....	23	..	1	..	
Idem crónicas.....	28	
Albugo.....	8	
Herpes.....	7	5	6	..	
Erupciones sarnosas.....	30	..	3	..	
Fístulas del ano.....	2	3	2	..	
Hernias.....	..	1	
Total general.....	950	215	126	23	

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de julio de 1839..	372	} 1322
Entraron en dicho mes	950	
Se curaron	784	} 854
Fallecieron	70	
Quedaron para 1º de agosto	468	

La mortandad estuvo á razon de 5, 29 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de julio	283	} 624
Entraron en dicho mes	341	
Se curaron	277	} 336
Fallecieron	59	
Quedaron para 1º de agosto	288	

La mortandad estuvo á razon de 9, 29 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de julio	127	} 150
Entraron en dicho mes	23	
Se curaron	10	} 16
Fallecieron	6	
Quedaron para 1º de agosto	144	

La mortandad estuvo á razon de 4 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en julio reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Gastritis agudas con fenómenos nerviosos.—Bronquitis.—
Fiebres intermitentes.—Tisis.—Sífilis.—En los europeos,
el tifo.

Observaciones prácticas.

Las frecuentes lluvias han refrescado la temperatura, y por las alternativas incesantes de la estación, se han hecho comunes las intermitentes. Las mismas aguas han contribuido también á sostener la constitución médica miasmática que indicamos en el mes de junio, de manera que en lugar de ceder las enfermedades como se creería á primera vista por la moderación del calor comparativamente al de otros años, han duplicado su energía y ha crecido la mortandad. El vómito negro especialmente, ha adquirido una agudeza tan terrible que podemos asegurar ha muerto un cuarto mas que en los años comunes, de los enfermos que no han tomado aceite en la invasión; mientras que ha muerto una mitad menos de los que fallecían en aquellos años, entre los que bebieron aceite. Creemos oportuno explicar sobre esto nuestras ideas.—En los años comunes, esto es, en los que no hay una constitución médica miasmática, el vómito negro es mas inflamatorio, cede con prontitud al plan antiflogístico, puede exasperarse con el aceite, y se exaspera sin duda en los enfermos cuya naturaleza no obedece con facilidad á los medicamentos que promueven las secreciones. En los años miasmáticos, hay una absorción mayor de principios pútridos, las mucosidades de la boca, del estómago y de los intestinos, la bilis y otros fluidos están impregnados de aquellos venenos y son una causa permanente del mal. El aceite que se dá en estos casos cura de dos modos: espulsando los materiales nocivos, y produciendo revulsiones orgánicas. En los que se consiguen estas últimas, la curación se hace *ipso actu*; en los que nó, la prepara alejando una causa destructora y que está encerrada en el organismo, en cuya circunstancia la irritación que acarrea, no puede compararse con el beneficio que se logra con su sustracción. Se han enterrado en el cementerio general:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.. . . .	244	72
De color.	135	69
Sumas parciales. . .	379	141
Total general.	520	

FISIOLOGIA.

De los modos de medir la dilatacion y la contraccion de las paredes vasculares.

Mr. Poisenille ha inventado un instrumento para demostrar que los vasos se dilatan cuando el corazon se contrae, y para medir esta dilatacion pasiva. Se compone de una caja atravesada lateralmente por dos agujeros que dan paso á la arteria de un animal vivo: por otro agujero que está en la parte superior, se introduce un tubo graduado. Acomodada la arteria, se llena la caja de agua hasta que el líquido se eleve en el tubo algunos grados: entonces se observa que cada vez que el corazon del animal se contrae, se eleva el agua en el tubo graduado, y este desalojamiento prueba que ha crecido el volúmen de la arteria.

De aquí se sigue que la contraccion del corazon produce una dilatacion en las arterias; y que luego, tanto por el intervalo que existe entre los movimientos del corazon, como por la evacuacion de la sangre por los capilares, cesa la presion en el interior de los gruesos vasos, los cuales vuelven sobre sí mismos, dándose alternativamente su plenitud y su vacuidad. Hace mucho tiempo que los médicos han estudiado estos dos fenómenos de las arterias y atribuido grande importancia á la observacion del pulso; pero nunca han procurado explicar sólidamente lo que veían, contentándose con vagas teorías, sin tomar en cuenta todo lo que hay de fisico y de mecánico en la causa de aquellos dos estados.

De la presion de la sangre en los diversos vasos que recorre.

Importa mucho conocer la presion de la sangre en las arterias, su medida en las que recorren las distintas partes

del cuerpo, en las venas profundas y superficiales, y sobre todo saber cuales son las causas que modifican la presion de la sangre en los vasos y el sentido en que dicha modificacion se efectúa.

Hay muchos modos de resolver esta cuestion, ya estudiando de una manera muy grosera las variaciones de la presion de la sangre por medio del tacto, pues tocando la arteria radial conocemos si está tirante, si se deprime con facilidad, &c. aunque con tan poca exactitud, que hasta ahora no se ha conseguido ningun resultado; y ya con los instrumentos de Mr. Magendie y de Poisenille. El que aquel ha inventado se compone de un embudito de hierro cuya embocadura está tapada con una piel suave, y presenta en el pico un tubo graduado. Se llena el instrumento de mercurio hasta el 0 de la division, y luego se aplica sobre una parte donde se sienta lentamente el pulso, como en el trayecto de la arteria radial cerca del codo. Se percibe la presion de la sangre, porqué su movimiento se comunica al mercurio al través del tejido celular y de la piel, y el número de la division á que se eleve el mercurio durante las contracciones del corazon, nos dará la presion de la sangre. El instrumento de Poisenille se compone de un tubo encorvado cuya rama mas grande está abierta en la parte superior, y dispuesta de tal modo la pequeña, que recibe un tubo de cobre terminado en punta bastante fina. Se concibe muy bien, que si después de echar cierta cantidad de mercurio por la abertura, pusiéramos la punta en contacto con la sangre que corre en una arteria, dicha sangre comunicaría al mercurio del instrumento la presion que soporta y viene del impulso del corazon y la altura del mercurio en el tubo, daría la presion de la sangre en el sistema arterial, si el instrumento estuviera bien arreglado.

Pero no podemos emplear el aparato con esta sencillez, porqué la coagulabilidad de la sangre estorbaría constantemente todas las experiencias algo dilatadas. Para evitarlo, se introduce en la pequeña rama del instrumento cierta cantidad de una fuerte disolucion de carbonate de sosa. Dispuesto así el instrumento, se hace una ligadura del lado opuesto del corazon, y se introduce dentro del vaso la punta del instrumento que contiene mercurio y solucion de carbonate de sosa. Para saber al instante la presion de la sangre en la arteria, se vé la altura del mercurio en el gran tubo, y un cálculo sencillísimo dará el resultado que se busca.

Entre las observaciones mas curiosas de Mr. Poisenille,

se halla la demostracion de este principio: que la presión de la sangre es uniforme en cualquier arteria que se mida. Creemos que se hubiera podido admitir esta ley con anticipacion, reflexionando en la causa del movimiento de la sangre y en su distribucion en la economía; pues es á la verdad muy claro, que si, como se ha probado en estas lecciones, puede considerarse el sistema de las arterias como un solo tubo que iguala en calibre á la suma de los calibres de todas las arterias de la economía; la accion del corazon obrará al mismo tiempo sobre todas las moléculas de la sangre que llena completamente este tubo, y por consecuencia establecerá la misma presión en todas sus partes. De modo que el resultado que Mr. Poisenille ha obtenido, es una nueva prueba de la justicia que tenemos para considerar como un simple tubo el sistema de los vasos de la economía.

La esperiencia ha demostrado tambien á aquel observador, que la presión de la sangre en las arterias era siempre la misma en cualquiera animal en quien se hiciese el experimento. Así el tamaño y la fuerza muscular del animal, no influyen nada en la presión que soporta la sangre en sus arterias. Es á lo menos lo que sucedía en todos los individuos de órdenes diferentes que Mr. Poisenille sometió á sus experimentos. No era posible en el estado actual de la ciencia sospechar este resultado.

Dos causas principales pueden obrar en la presión de la sangre en las arterias: 1^a la cantidad del líquido contenido en estos vasos: 2^a la fuerza de contraccion del corazon y de los músculos respiratorios.

Influencia del volúmen de la sangre en su presión en las arterias.

Para asegurarse de la verdad del primer principio, Mr. Magendie inyectó gran cantidad de agua tibia en las venas de un perro, y notó que mientras mas aumentaba la suma del líquido inyectado, mas disminuía la presión de la sangre en las arterias; lo que parecía contradecir evidentemente el principio adelantado. Sin embargo, el hecho se explica muy bien considerando el influjo del agua en el corazon; pues ella quita á aquel órgano su tonicidad, paraliza su movimiento y le impide comprimir la sangre con la misma fuerza que antes, lo que será mas evidente inyectando un líquido excitante, como el café, pues entonces se logra aumentar considerablemente la presión.

Se comprobará el principio enunciado, estrayendo con una jeringa sangre de las venas de un animal y poniéndola de nuevo en circulacion; pues mientras se retira el émbolo y se absorbe la sangre, la presion disminuye constante y proporcionalmente al líquido quitado, y mientras se comprime el émbolo y se vuelve á poner en circulacion la sangre, se vé constantemente subir la columna en el hemodinamómetro haciéndose mayores las alturas maximum. Podemos hacer una nota sobre esta esperiencia, y es, que mientras que la sangre arterial está en el interior de la jeringa sometida al efecto de las contracciones del corazon y guardando relaciones inmediatas con el resto de la sangre que circula en el animal, ninguna parte de ella se coagula ni obstruye la cánula del instrumento. Este resultado es muy curioso y su esplicacion sería muy interesante.

Debemos advertir que el instrumento de Mr. Poisenille puesto en relacion con la sangre de una arteria, no señala lenta y gradualmente las alturas, sino que la del mercurio cambia á cada contraccion del corazon con grandísima viveza, de modo que durante la contraccion, dá el máximum de la altura, y durante la relajacion de los músculos del cotazon izquierdo, un mínimum. Tomando el promedio de los máximos y mínimos, se tendrá la presion media de la sangre en un tiempo dado.

A pesar de lo espuesto, el volúmen del líquido contenido en las arterias, no influye mucho en la presion dela sangre en los vasos, de lo que podemos asegurarnos dejando correr la sangre del animal hasta que la pierda toda. En los primeros momentos, y mientras que la sangre que queda en las arterias constituye una fraccion bastante pequeña de la cantidad total, no baja mucho el instrumento, y sobre todo, no baja con rapidez. Pero no resulta lo mismo cuando siguiendo la evacuacion, el animal está casi exangüe; entonces el mercurio baja con rapidez y descende infinito hasta que el síncope sobreviene, en cuyo caso la circulacion no continúa sino bajo la influencia de un movimiento oscilatorio apenas sensible. Después de cesar en las estremidades y en las partes lejanas del centro, sometida á aquel movimiento oscilatorio, la circulacion se limita mas y mas y se percibe solo en el pecho, hasta el instante que completamente desaparece muriendo el animal. Se ha hecho una observacion notable, de que en ciertos coléricos que han conservado su inteligencia y todas sus funciones animales mientras duró la enfermedad, han presentado duran-

te cierto tiempo esta circulacion oscilatoria, y si se examinaba en ellos la arteria temporal, no contenia sangre. Tampoco se hallaba en la humeral, ni en la axilar, y con el tacto se reconocia el completo vacío de las carótidas. La sangre no se dirigia al cerebro, y los coléricos pensaban; la sangre no iba á los músculos, y estos se movían; los nervios estaban privados de la influencia vital de la sangre, y transmitian las sensaciones. Este hecho bien comprobado, aunque tan admirable, destruye las teorías de los que niegan que en ningun caso puede continuar la vida si la sangre no nos da la accion y la exitacion necesaria.

Estas reflexiones nos inducen á proponer una cuestion bien sencilla. ¿Cuál es la influencia de la sangría ó de la disminucion de la masa de la sangre? No puede ser grande sino cuando por la flebotomía se sustraiga una fraccion considerable del volúmen de la sangre que reduzca la circulacion á un estado vecino á aquel en el cual no continúa sino bajo la influencia de un movimiento oscilatorio y únicamente en las partes mas próximas al centro. Sin embargo se concibe que aun cuando no llevamos la sangría á este estado de turbacion en las funciones de la circulacion; se puede, sustrayendo una cantidad media de sangre, obtener un resultado en la presion de aquel líquido, que aunque débil, produzca efectos importantísimos bajo el punto de vista terapéutico.

La consecuencia que podemos deducir de la igualdad de presion de la sangre en todas las arterias, con respecto á la sangría es, que sea cual fuese el punto de la economía donde se haga esta operacion, produce en todos definitivamente el mismo resultado; pues en lo que toca á la presion del líquido que contienen, podemos decir que todos los vasos de economía son unos de otros solitarios. De aquí se sigue que se debe sangrar en el punto en que la operacion se haga con mas facilidad y con menos peligro del paciente, siendo esta la única guia que hemos de seguir.

Ya se dijo que el volúmen del líquido tiene poca influencia en la presion que soporta la sangre en las arterias y lo probaremos de nuevo con las esperiencias de Mr. Magendie sobre la trasfusion de la sangre. Si se estraee de las venas de un animal cierta cantidad de sangre, resulta el efecto relatado; pero si esta sangre se inyecta en las venas de otro animal de la misma especie después de quitar al líquido su fibrina, se observa que conforme se introduce, el hemodinamómetro baja y da el mismo resultado en esta

operacion, que cuando se inyecta agua pura, y además el fenómeno ya observado en los animales que se desfibrinan, pues viene una oftalmía purulenta que activándose con violencia acarrea en pocos dias la pérdida del órgano.

Uno de los efectos que con mas facilidad y constancia se obtienen con el hemodinamómetro es el aumento de presión en las arterias, si se impide que la sangre circule en una parte de estos vasos. Si comprimimos la arteria crural ó la aorta abdominal y colocamos el instrumento en una de las carótidas, veremos que el mercurio sube con rapidez acusando un aumento considerable de presión en las arterias que quedan sometidas al influjo de la bomba izquierda. De este hecho se podrían sacar graves consecuencias para la cirugía, y esplicaciones para ciertos hechos que se observan cuando se ha separado un miembro importante á la circulación y de los cuales solo tenemos ideas muy oscuras.

Influencia de las contracciones del corazon y de los músculos respiradores en la presión de la sangre.

La causa principal de la presión de la sangre en las arterias, reside en la fuerza de contracción del corazon. Hemos visto que el volúmen de la sangre considerablemente aumentado por la introduccion del agua en las venas, no obraba en la presión de la sangre sino disminuyéndola á causa de la accion debilitante del agua en el centro circulatorio. Este hecho da la medida de la influencia que tienen las contracciones del corazon en la presión de la sangre. Otra esperiencia contraria la confirma con la misma exactitud; si inyectamos la infusion de café en las venas de un perro, veremos que el hemodinamómetro sube con muchísima rapidez manifestando en el aumento la energía del corazon. El exceso de su toxicidad, marcado por la altura del mercurio, es muy considerable y pone en evidencia lo que decíamos mas arriba de su influjo sobre la circulación.

Si en lugar de una infusion de café inyectamos una tintura de digital, el hemodinamómetro no dará, como podíamos esperar, pruebas de la disminucion de presión en las arterias; pero se siente que las pulsaciones disminuyen en fuerza y número de un modo considerable. Este resultado es muy digno de nota, porque divide manifestamente los fenómenos debidos á la accion del corazon en dos series distintas: los causados por la variacion en la fuerza de con-

traccion del órgano, y los que se deben á la disminucion del número de estas contracciones, siendo igual el efecto de los últimos sobre la presion de la sangre en las arterias.

En todas las esperiencias hechas para medir la presion de la sangre, se complican los efectos debidos al corazon, con las contracciones de los músculos respiratorios. Para separar estas dos acciones, sería preciso examinar dicha presion sin la influencia de aquellos músculos. Para esto se debe tomar un animal al que se hará respirar artificialmente; se abrirá el tórax, se pondrán las pleuras á descubierto y se continuará insuflando aire en los pulmones del animal así mutilado. Si empleáramos en esta esperiencia el hemodinamómetro, veríamos lo que sucede en las presiones cuando se simplifican las causas que la producen. El resultado daría en cifras la accion de las contracciones del corazon en la presion de la sangre: la diferencia entre las cifras obtenidas cuando obraban los músculos respiradores y las dadas por las esperiencias hechas con la respiracion artificial, espresaría la accion de estos músculos respiradores independiente de la del corazon.

Tres especies de músculos influyen en la presion de la sangre: 1.º los músculos intercostales y los músculos del tórax que se contraen durante la respiracion: 2.º el diafragma; y 3.º los músculos abdominales. La accion de estos agentes se percibe con particularidad en las regiones á cuya aproximacion están colocados: así, los músculos abdominales contrayéndose violentamente en los esfuerzos que hace el animal para gritar, influyen con mucha actividad en la circulacion del abdómen y de los miembros inferiores.

De todo lo dicho resulta que la causa mayor de las variaciones de la presion de la sangre, reside en el corazon y en los músculos respiradores cuyos esfuerzos tan grandes cuando el animal quiere gritar ó está animado de movimientos convulsivos, aumentan dicha presion de un modo considerable.

De la presion de la sangre en el sistema venoso.

Hay mucha diferencia entre la presion de la sangre de las venas superficiales y las profundas. En estas, la sangre está sometida á una presion casi igual á la de las arterias, mientras que en aquellas el hemodinamómetro de mercurio no es bastante sensible para señalar claramente las variaciones de presion, y estamos obligados á susti-

tuir al metal un líquido mucho menos denso, como la solución de sosa.

Cuando la sangre sale de los capilares para entrar en las venas, pierde en gran parte la presión que soportaba en las arterias, porque las paredes de aquella ceden con facilidad á los esfuerzos y la capacidad del sistema venoso es mucho mayor que la del sistema arterial. Pero fuera de la ditracinacion de intensidad debida á aquellas causas en las venas, los demás fenómenos son iguales á los de las arterias, lo que se comprueba con tanta mas facilidad cuanto que los resultados son mas precisos y pueden hacerse con instrumentos mas perfectos. Además si se liga una vena en cualquier punto de su estension, se obtiene la misma presión de la sangre en sus paredes que en las de la arteria correspondiente, notándose entre ambos vasos los mismos efectos que se deben á las mismas causas en todas las circunstancias posibles. Estas dos notas nos dispensan de hablar por mas tiempo de las presiones y de la sangre en las venas y de sus causas.

Influencia de los agentes exteriores sobre la presión de la sangre en los vasos.

El calor, como dicta la razón, aumenta la presión de la sangre en las arterias y el frío la disminuye. De aquí la utilidad de mantener, después de la ligadura de una arteria importante á una temperatura elevada el miembro que se operó, y la razón porque Mr. Magendie ha mantenido á menudo y con suceso contra el cólera á una alta temperatura el cuerpo del paciente. Quizá se deduciría de esto que el bien estar que causa en los fuertes calores del estío la introducción del agua fría en la economía, dimana del enfriamiento que produce el líquido absorbido en la masa de la sangre, y por consecuencia la disminución de presión que resulta; pero no es así pues un animal ha soportado que inyecten en sus venas 1800 granos de agua fría, sin que el hemodinamómetro señale una baja muy sensible en la presión, y por otra parte sabemos que el agua caliente inyectada en los mismos casos produce el efecto contrario y quita á la sangre una parte de la fuerza con que era impelida en las arterias.

El dolor, las contracciones que causa en todos los músculos de la economía, las que excita con particularidad en los respiratorios, son causas muy poderosas del aumento de

la presión en las arterias. En general toda contracción de los músculos aumenta esta fuerza y determina la evacuación más rápida de la sangre, y por este motivo, para que salga la sangre de la vena en la sangría, se hacen contraer los músculos del antebrazo.

La acupuntura eléctrica y las descargas eléctricas son causas poderosas de aquel aumento. Así un animal sometido á estas descargas por medio de la pila presenta un desarrollo subido y muy fuerte de la presión de la sangre en las arterias en cada paso del fluido.

Hemos visto la grande importancia del estudio de la fuerza con que atancada la sangre en los vasos de la economía y de la presión á que está sometida en estos. ¡Cuántos fenómenos hasta aquí inexplicados, porqué no querían admitir que todas las partes de la economía viviente estaban sometidas á la naturaleza muerta, han hallado sus causas en las leyes que la física da á los cuerpos inertes, y anivelados á estos se comprenden ahora con la mayor facilidad!

FILOSOFIA.

CUESTION DE MORAL.

Amigos y ardientes apasionados de las ciencias y sus progresos en el país, hemos seguido con gusto la discusión que dos profesores públicos de Filosofía han sostenido por medio de los diarios con plenitud de luces y de una manera que hace á un tiempo honor á su instrucción y al buen concepto del pueblo donde escriben. No diremos por esto que siempre hayan llevado la impersonalidad y la cortesanía hasta el punto que conviene al carácter que representan, y á la naturaleza de la materia que se proponían discutir. El que primero provocó la controversia ha salido alguna vez por alusiones no muy encubiertas, y por propósitos burlescos, del círculo leal y circunscrito de la disputa; y el provoca-

do ha tenido alguna vez que salir del límite de su propia moderación en uso de un derecho lejítimo en sí mismo pero del que es difícil abusar. La contienda es sin embargo notable por el tono culto y decente conque en general se ha sostenido de ambas partes; y como ha durado bastante para excitar el interés de algunos que se han apresurado á manifestar su opinion; y que citado otro profesor ha respondido al llamamiento con toda la superioridad de su talento conocido, y sin dejar en la materia nada que desear después de lo que ha dicho; con todo y aunque sin títulos para ello nos atreveremos tambien á esplicar nuestro pobre parecer. En la república de las letras, á todos nos es dado nuestro derecho de representacion; y no hemos querido despojarnos de él, por si acaso, usándole, acertamos á hacer algun servicio á la verdad.

La cuestion en su origen estaba limitada á un punto de mera erudicion bibliográfica; pero siempre importante, y digno de atencion, en cuanto se imputaba á un autor que dejó hace mucho tiempo de existir, y cuya memoria no está limpia de toda mancha, aunque haya hecho por otra parte servicios reales á la causa de la civilizacion del mundo; una proposicion absurda y desastrosa en moral, extractada de una obra que en realidad no le pertenecía. El hecho ha quedado ya suficientemente depurado; y sin insistir por eso en una discusion que fuera inútil, nos contentaremos con aplaudir lo que nos ha parecido un sentimiento delicado de generosidad y de justicia de una parte, y estrañar que de la otra no se hubiese dado una brillante reparacion á la injuriada memoria de Helvecio: su reputacion mancillada valía esta pena, y hubiéramos creído que en imponérsela nunca habría comprometido la suya el catedrático agresor. Hay un tiempo en que se debe á los hombres mas de rigor la verdad y la justicia, y este tiempo es precisamente cuando reposan en la tumba. Maltratados en el mundo, perseguidos por el desprecio ó la maldad de los otros, víctimas tal vez de sus errores ó preocupaciones, presa acaso de la calumnia que los desgarró en vida; ¿qué consuelo debiera esperarles, si no contaran con mas imparcialidad de las generaciones que habían de sucederles? Por lo comun, injustos y apasionados con nuestros contemporáneos, que participan de nuestras propias debilidades y oseurecen á veces nuestro mérito; reservamos la imparcialidad de nuestros juicios para con los que nos precedieron; y tanto mas nos complacemos en hacerles justicia, cuanto mas perseguidos fueron

en su época. Nos empeñamos, por decirlo así, en lavar la falta de su siglo, y en vez de agravarla, en vez de calumniarles; parece que mas bien propendemos á atenuar hasta sus mismos defectos. Esto está en la naturaleza de las cosas, en la moral del corazón; y nos prometíamos de los buenos principios de aquel de los contendientes á quien tocaba, una confesion honrosa y sin rodeos en esta parte de la cuestion.

Mucho mas importante la otra que tambien se ha suscitado, y de influencia mas trascendental, conspira á saber: porqué principio debemos calificar la moralidad de las acciones humanas, y el grado de su verdadera imputabilidad; si es que esta resulta de la ley del deber, ó del *aeternum quoddam* como la llamó Ciceron en su entusiasmo oratorio; ó si habremos de deducirla por el cálculo de las utilidades, ó la computacion de los bienes y males que produzcan cada uno de los actos morales. Divididos los pareceres, llama el uno moral numérica y de guarismos, á la de su adversario; como el otro podría designar la que le es opuesta, de fantástica y de mera denominacion. Un punto de doctrina de esta naturaleza, de suyo fundamental y que sirve de base á la ciencia, bien merecía ser profundamente discutido y no debe extrañarse que nosotros tambien procuremos desenvolverle, bajo todos sus términos y relaciones por si así lograsemos, simplificándola, echar algunas nuevas luces sobre ella.

¿Tiene la moral-ciencia, para distinguirla de la moral-práctica que está en el corazón del hombre, un principio cierto y seguro para juzgar de las acciones humanas y señalarlas su respectiva moralidad? Perdería su carácter de ciencia y se borraría del cuadro de los conocimientos útiles, nos responde el utilitario, si careciese de tal guia. Los actos del ser moral tienden á la mejora de la sociedad en que vive, del mismo que los ejecuta y de los otros con quienes se encuentra en relacion, y las acciones humanas serán tanto mas buenas y se reputarán mejores, á proporcion que se ajusten á estos fines: así apreciándolas habré de partir de la suma de los bienes y de los males que ellas causaren á él mismo, á los demás y á la sociedad: ni hay, ni es posible que halla otra regla para poderlas calificar. Semejante principio sería muy falaz, nos dice el partidario de la ley del deber, y por mas que se haga ni alcanza á todas las acciones humanas, ni todas están tampoco bajo de su dominio: así es un sistema deficiente y que no explica todos los fenómenos morales de que se propuso dar razon. Existen actos

espontáneos, irreflexivos y casi por decirlo así de mero impulso, que son anteriores á todo cálculo de utilidad, del todo instintivos, y que no pueden sujetarse á aquella regla de la computacion utilitaria. Se cuentan otros que le son contrarios; sea porqué el que los ejecuta pospone su ísteres material al deber, como sucede en el caso citado del labriego que encontrándose un rico tesoro sacrifica las ventajas de su posesion al deber de restituirlo á su dueño; ó porqué siendo su verdadera intencion hacer un mal por alguna feliz casualidad se vuelve en bien de aquel á quien se procuraba ofender; tal como el asesino que hiriendo para matar á su enemigo, diestro cirujano, abre un tumor, que necesitaba ser dilatado, y evacuando el humor que le había producido, cura del mal á su contrario en vez de inferirle la muerte.

Hay una notable diferencia entre el hombre que ejecuta un acto moral y el moralista que le juzga; como puede ser á veces distinto el principio que dirige las acciones humanas del que sirve para calificarlas. Esta diferencia bien establecida hubiera ahorrado, á nuestro modo de ver, mucho tiempo en la disputa: muy bien puede suceder que existan actos espontáneos é independientes de toda reflexion; y el movimiento de una madre que se precipita en medio de las llamas para salvar de su furor al hijo á quien ve próximo á ser devorado por ellas, y él intrépido valor del que se arroja al mar por libertar de la muerte al que lucha con las ondas en la desesperacion; seguramente que no podrá atribuirse á otra cosa sino á un impulso generoso que no razona y que viene directamente del corazon. Pero que haya actos espontáneos, y esos bellos arrojos de temeridad, ni prueba que exista para el moralista otra regla por donde juzgar del mérito moral de aquellos fuera del cálculo de los bienes ó males que produzcan á la sociedad y á los que los ejecutan; ni tampoco que estos en aquellos de que son responsables puedan, ó al menos deban prescindir de tal computacion.

La moral no es una ciencia de instinto, ni está sujeta al impulso ciego de la sensibilidad para ser meramente conducida por el sentimiento; es por el contrario una ciencia de reflexion y de razonamiento de que en vano se intentará despojarla: es ciencia eminentemente de reflexion, y el sentimiento moral debe principalmente ser excitado por la razon, pues que es preciso siempre dirigirse á esta, que es la primera de las facultades humanas, cuyo yugo y revision

deben tarde, ó temprano sufrir todas las demás. Para que las verdades en el orden moral se funden sobre bases indestructibles, para que sean eternas é inmutables; es menester que descansen en ella, á fin de que nunca se puedan desconocer sin renunciar del todo á la razon. Por eso han dicho bien los que consideraron hasta la moral mas sublime como el resultado del buen juicio. La ley del deber no fuera nada sin ello, y sería un vago impulso, ó una insignificante denominacion, que formaría una moral arbitraria y sin brújula, si para calificar las acciones quisiese escluir el razonamiento con el cómputo de sus ventajas y desventajas.

¿Ni que otra cosa es la moral, (dando á esta palabra aquel significado que el comun de los hombres le aplica, cuando se encuentran libres de preocupaciones y exentos de toda prevencion), sino el arte de hacer el mayor bien posible á aquellos con quienes estamos en relacion, sin ofender á los derechos de los otros? Cuando estas relaciones se circunscriben á un corto número de individuos, la moral desperta la idea de virtudes domésticas y privadas: toma el nombre de patriotismo siempre que estas relaciones se estienden á la sociedad entera, de la que él no viene á ser sino una mera individualidad, para convertirse en filantropía cuando ellas abrazan á todo el género humano. En cualquiera de estos casos comprende la justicia, que siente, respeta, quiere los derechos de todos; la bondad, que se identifica por un sentimiento delicado al bien, ó al mal de su semejante; el valor, que da la fuerza necesaria para ejecutar constantemente lo que inspiran la bondad y la justicia; en suma, aquel grado de instruccion que, ilustrando los primeros movimientos del alma, nos muestra á cada instante en qué consisten y lo que exigen realmente de nosotros la justicia, la bondad y el valor. Estos y no otros son los elementos de la moral; y de allí viene por una forzosa consecuencia: que ella es inseparable de un bien producido, ó por producir, y que por consiguiente todo esfuerzo por atrevido que se suponga, como no termine á ese fin, le es absolutamente extraño. Se debe, pues, excitar á los hombres por el interés, mostrándoles en el bien que hicieren á los demás, el garante del que ellos mismos habrán de recibir; y haciéndoles ver almismo tiempo que en este cambio recíproco y de mutua benevolencia, siempre será mucho mas lo que reciban que lo que dieren.

Hacer el bien y hacerlo con el menor esfuerzo posible, es el término y el único fin de la moral: la gloria del indi-

viduo consiste en producirlo y en ofrecer á los ojos de sus contemporáneos una vida llena de acciones útiles. Esto pide la ley del deber; pero el deber está allí donde se encuentra la utilidad, es decir, la mayor suma de bien posible tanto para él mismo como para los demás y la sociedad entera: de modo que para calificar los actos morales, para saber si se ajustaron á la ley del deber, es menester que se proceda por el cálculo y la compensada estimacion de sus ventajas ó desventajas, apreciando sus utilidades, ó sean los bienes y los males que de ellas resultaren. Para calificar moralmente una accion necesito de un término cierto y positivo, y en vano pretendería ser entendido cuando presento como bueno un acto moral cualquiera, en vano me empeñaría en hacerme comprender bajo la fórmula de que se ajusta á la ley del deber, si antes no demuestro que lo está por la suma del bien que produce y las inmensas utilidades que por él vinieron á la sociedad.

La existencia de esos actos impremeditados y espontáneos, si fuesen imputables, tanto probarían contra los utilitarios como respecto de cualquiera doctrina que intentase dar otra razon fuera de la que hemos antes asignado á estos movimientos íntimos y casi instantáneos del corazon. Efectos de un imprevisto arrobamiento del ánimo, si excitan nuestra admiracion ó arrebatan nuestro reconocimiento, son sin embargo como el estupor de un epiléptico, ó los delirios de un demente que carecen de imputabilidad moral. No corresponden á aquella clase de fenómenos de que juzga el moralista, ni deben tampoco estar sujetos á la regla con que él los discierne y de que se sirve para calificarlos: salen evidentemente de su dominio y nada prueba contra la certidumbre y eficacia del principio, la circunstancia de que no pueda ser aplicado á unos casos á que tampoco se ha procurado estender.

Pero se acusa tambien su insuficiencia en otros que son positivamente de su resorte, y en los cuales, á juzgar por el sistema de la utilidad segun se dice, nos veríamos obligados á condenar como malo un acto bueno, y á tener en esta categoría á otro que es evidentemente criminal. Si tal imputacion fuese cierta, nosotros tambien condenaríamos un sistema que conduce á semejante trastorno moral. Mas ¡cuán distinta es nuestra persuacion en esta parte! Los casos que se han propuesto en nada contradicen el principio de la utilidad en las calificaciones morales, y antes bien le confirman de la manera mas palpable. La utilidad no se de-

duce de simples apariencias, ni pide un cálculo á la ligera: demanda mucha mas reflexion, á finde lograr así asegurarnos del acierto. ¿Porqué el labriego hace un acto de virtud glorioso devolviendo un tesoro que aseguraría por mucho tiempo su subsistencia y la de su familia, y que tal vez podría sustraerle para siempre de la miseria? Porqué comete un crimen y se castiga como asesino de intencion al que hiere y hace sanar en vez de dar la muerte? El primero contra el principio de su evidente utilidad comete un acto bueno; y el segundo es mirado como delincuente contra un tercero, á pesar de que el resultado del suyo le sea provechoso.

Aquí el sistema de la utilidad se encuentra vencido y debe ceder el puesto al de la ley del deber que tiene en tales casos su mas completa aplicacion. Si el uno obró bien fué porqué cumplió con aquella; y porqué el otro la quebrantó sin miramiento, ha cometido una accion criminal: esto es sencillo, esto es inteligible y casi no necesita de esplicarse. Pero ¿porqué la ley del deber manda al labriego que devuelva el tesoro, que así podría cubrir sus propias necesidades como remediar las de su familia, si es que gime en la miseria? Para sufocar un estímulo tan poderoso y que tanta fuerza tiene sobre el corazon humano, ha debido presentarle un motivo mucho mas eficaz, y este motivo es el mayor bien que va á resultarle de conservar intactos su honor y su reputacion; el de no esponerse á una pena cierta y segura, y que su nombre y su memoria no se viesen cubiertas de oprobio en mengua propia y en vilipendio de su misma familia.

Resulta, es verdad, un bien casual á un tercero por el hecho de su asesino, aunque sea cierto que otra fuera su intencion en el imaginado, si no probable caso que se ha referido. Pero aquel bien que deriva de él no es en manera alguna comparable con el mal que causa á la sociedad por la justa alarma producida y que tal acto debe necesariamente inspirar en los demás; por el quebrantamiento del orden social que supone, y que es quizá el mayor de los males posibles; por el desprecio en suma á toda subordinacion legal, y la violencia con que de propia autoridad se atenta contra la existencia de un ciudadano que reposaba tranquilo bajo la salvaguardia y proteccion de las leyes. En un solo hecho, pues, el odioso criminal infiere el mal de la violacion de los derechos individuales, de arrogarse una autoridad fatal y de que no podía estar revestido; el de usurpar al poder público los fueros que le corresponden y cuyo

uso solo es legítimo en su mano; y el de romper así la armonía del orden social y su regular y simétrica coordinación, sin cuyo respeto, sin cuya religiosa conservación, ningún bien, ninguna ventaja podríamos prometernos en las asociaciones humanas y en vano fuera esperarlas.

No basta decir que se ajustó, ó quebrantó la ley del deber, porqué esto no fuera mas que darnos el primer término de la cuestion sin resolverla completamente: si deseamos conseguirlo, es preciso tambien razonar sobre sus motivos. El deber, ni es un ciego instinto, ni mucho menos pudiera confundirse con el decreto imperioso de un tirano: muy al contrario, cuanto manda, cuanto prescribe es porqué de su ejecucion ha de resultar á los hombres un bien real y efectivo, no obstante de que inmediatamente no aparezcan sus beneficios y que se nos oculten bajo las esterioridades de un mal presente. De otro modo no obraría sobre el hombre, que dominado por un instinto feliz hacia el bien, tiende como forzado de una dichosa necesidad á buscarle. El término de la moral es procurar al ser social la mayor felicidad posible: le toca por lo mismo producir el bien de todos, y siendo este su fin y objeto casi único, el moralista no tiene otra regla para juzgar de la moralidad de las acciones y pronunciar después su fallo de si se ajustaron ó no á la ley del deber, sino por el cálculo de sus utilidades y la consiguiente apreciacion de sus bienes y males respectivos. Creemos, pues, que no hay verdadero discentimiento sino en los términos entre los catedráticos contendentes, y que basta circunscribir aquellos para que desaparezca todo motivo de controversia. La ley del deber es el principio motor de las acciones morales; es el término de su calificación, pero nunca llegaríamos á formarle sin aplicarle la regla de la utilidad procediendo por el cómputo de los bienes y males que produzcan. De ese cómputo puede alguna vez prescindir el que obra, pero no el moralista que, calificando las acciones humanas, jamás podrá aprobar como buenas, ó condenar por malas, ni decir si se ajustan, ó pecan contra la ley del deber, á menos que no las ensaye y las aquilate por el principio de la utilidad: principio que bien entendido, y circunscrito en sus aplicaciones á la moral, no podrá menos de concurrir muy poderosamente al adelantamiento de esta ciencia, quizá mas retardado de lo que debía por la impudencia de los charlatanes, ó la peligrosa locuacidad de los sofistas que hasta aquí no la han dejado ser lo que es: ciencia de razonamiento.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION DECIMA QUINTA.

DEL TONO Y DEL ESTILO EN GENERAL.

Si la elegancia y brillo de la elocucion consisten para el retórico escolástico en el vano oropel de las palabras; dependen para el filósofo y orador elocuente de la buena esposicion de los conceptos. Se llama tal la que mas conviene al asunto de que se trata, á la clase de oyentes y lectores, y á las circunstancias en que el orador se encuentra. A la verdad, las cosas sencillas deben escribirse con soltura, las elevadas con precision y energía, y de distinta suerte debe hablarse al plebeyo ignorante, que al culzo y descontentadizo literato. En hora buena que agitado por una combustion civil, el orador estalle en la tribuna con el fuego del malogrado Mejía cuando hacia alzarse bajo sus piés la orgullosa cabeza del coronado Maquiavelo; que libre, gigantesco y atrevido se eleve dignamente hasta el creador imitando los Leones y Granadas; pero cuando trate solo de persuadir verdades oscurecidas y dudosas, sea claro y lógico como Feijóo, elegante y elocuente como Jovellanos. Si se ocupa en negocios alegres y triviales, juguetea al igual de nuestros cómicos; imite á Cervantes que daba á sus actores el carácter que á sus caprichoso ingenio le antojaba. Quien escribe así, entiende bien lo que se llama *tono*, ó sea aquella oportunidad de las ideas y las palabras con el sujeto de las obras.

Este término se aplica igualmente al arte de pronunciar los discursos dándoles el alma que corresponde á su sentido. No le basta al buen orador espresarse lógica ni elocuentemente, gesticular ni accionar con medida y con decoro; necesita de aquella entonacion, pintura de la verdad y fundamento de la declamacion oral, pues si la palabra retrata el objeto, la entonacion demuestra el convencimiento íntimo del que la usa y el efecto que procura conseguir de sus palabras. Por ella deducimos la situacion del que discurre, aunque no entendamos las espresiones de que se vale. Es quien diferencia el lenguaje escrito del hablado, pues si aquel se espone con simples caractéres, este pinta las ideas á la imaginacion, habla á los sentidos y por consecuencia nos seduce y nos domina. A tanto llega su mérito, que solo *pronunciacion* exigía para hablar bien, el orador de Atenas.

Careciendo nuestro idioma de la rica prosodia del griego y del latin, nos afanaremos en sacar todo el fruto que pueda rendir terreno tan estéril, porqué mayor gloria nos resultará que á los que trabajaban en tierra vírgen y con instrumentos tan pulidos. Logramos el mérito de la dificultad vencida, y eso mas debemos empeñarnos en conseguirle, que ninguno de los idiomas vivos puede compararse al nuestro en magestad y soltura.

Dar á cada sonido su debida proporcion enlazándole con los otros de manera que se espese el afecto con la idea, es á lo que se reduce el arte de leer y de hablar en público. A veces el sentido y el efecto del todo, brilla mas rompiendo la ortografía, que siguiéndola gramaticalmente: el hombre apasionado se detiene donde el tranquilo camina, y al contrario, salva barreras que este último apenas se atreve á medir con sus ojos. Se aprende á pronunciar no escuchándose á sí mismo, ni dejándose ir de la pasion, sino contemplando el efecto que en los otros se causa. No dejando nunca la voz al falsete, graduándola segun los que oyen y el lugar en que se habla y quedando siempre dueño de sus varias inflexiones. Para esto es necesario conocer ó calcular en donde acabaremos; y si se lee, percibir de una ojeada el principio, medio y terminacion de la idea. Mucha práctica, buen juicio, ninguna afectacion y pocas reglas, bastan al ingenicso, y hacen tolerable al lector de entendimiento limitado. Solo es dado á un grande ingenio atenerse á la justa naturalidad; el poco ducho casi siempre se esfuerza mas de lo necesario.

Cuán interesante sea el espresarse bien, y los lauros

que premian al que posee este arte, y las victorias que consigue algunas veces en contra de la lógica y la verdad; ya lo revelan las cámaras ó cortes europeas; y tanto temió el Areópago de la antigua Atenas el uso de la elocuencia, que le prohibió para evitar la seducción de la palabra, y celebraba sus sesiones en la noche para librarse del poder de la gesticulación.

Si el tono persuade tan á menudo, consiste en que engaña menos que la palabra fijando su sentido. Espresiones injuriosas, por él se hacen zalameras; y alguna almirada, quizá envuelve hiel y menosprecio. Nadie es tan tonto que no perciba por él la distinta idea que una misma frase envuelve.

Se llama *estilo* “el carácter dominante que dan á una composición los pensamientos de que consta y las espresiones que los manifiestan.” Diferénciase del *lenguaje* en que este solo se refiere á “la colección de espresiones con que el autor enuncia sus pensamientos.” Del *tono*, en que como ya hemos dicho, “explica la oportunidad de las ideas y las palabras con el sujeto de las obras.”

El estilo de un autor, es el espejo de su alma; el lenguaje, el de su instrucción filológica; el tono, el de su ideología y buen gusto.

Derivase la palabra *estilo* del punzon con que antiguamente se escribía en tablillas enceradas: nosotros por traslación llamamos así *la manera de escribir*, y como esta depende de los pensamientos y de la coordinación de las palabras que nunca se confunden en los varios escritores, la llamamos clara, correcta, elegante, pura, fuerte, enérgica, sublime, ó bien desaliñada, débil, bárbara, cortada, simétrica &c; pues según el carácter que en ella domina así le damos correspondientes nombres.

Dependiendo el estilo de las espresiones, debemos indagar cual estructura conviene mas al idioma castellano, si la *análoga* ó la *transpositiva*. Para esto debemos remontarnos á la índole de nuestra lengua. Estudiando su sintáxis veremos que sigue el orden analítico de las ideas en la sucesion de las palabras de que consta el discurso siempre que no dañe á la claridad de la elocucion, lo mismo que el francés, el inglés y el italiano, que si admiten hoy dia algunas transposiciones en grados progresivos, depende de las relaciones que ha tenido cada pueblo con los que alteraron su lenguaje primitivo. Algunos escritores fundándose en la etimología de ciertas palabras, en la filiación de las lenguas,

en las victorias y mescolanza de los pueblos, dicen que nuestra lengua madre es el latin, y que debemos usar sus largos periodos y sus embrolladas transposiciones.

No creemos que este estilo nos convenga, por la inmensa distancia que hay entre el genio del latin al del francés, inglés y español. Muchos no le tienen por nuestra lengua *madre*, fundándose en que la etimología indica el empréstito y no el origen, que los pueblos subyugados tenían su idioma antes de la dominacion romana, que admitimos artículos desconocidos en el latin y cuyo uso no podemos escusar, que además tenemos verbos auxiliares, nuestros nombres son indeclinables, los pronombres personales se unen en la conjugacion, diferenciamos muchos tiempos que el latin confunde, y sus inversiones é interminables periodos hacen á nuestro idioma duro, ininteligible y arrastrado. Las palabras pasan fácilmente de una lengua en otra cuando los pueblos se mezclan, y así para juzgar su origen solo debemos atender á su genio, menos susceptible de alteracion y cambios y que se mantiene á pesar de la inconstancia de las palabras.

Por él, añaden, se ha de juzgar su identidad ó diferencia, y si con esto se mancomuna la filiacion de los términos, aquella lengua será *madre* con respeto á la otra, que como la Rusa, la Polaca y la Ilírica tengan la misma índole y palabras que la Esclavona, de donde las tres se originan. Justamente colocados entre la esclavitud francesa y la libertad latina, no debemos seguir la primera ni imitar la segunda. De esto se deduce claramente que el estilo de Marchena y de los escritores á lo latin, es corruptor del buen gusto, propio del culteranismo y de la pedantería. Todos los extremos son viciosos y huyendo de ser franceses, somos greco-bárbaro-latinos.

Soltura y elegancia en las espresiones, nervio y lógica en las ideas, son las cualidades que forman el estilo de los buenos escritores; las conseguiremos observando las reglas del arte de bien decir y de la lógica que es su inseparable compañera.

Muchos pretenden adquirir un buen estilo imitando servilmente las frases y modismos de autores célebres, sin considerar que su mérito intrínseco es pintar el carácter del escritor y que se revisten de un forro prestado como el asno de la fábula. Si alucinan un momento, solo logran estos imitadores hacer mas palpable su caída. Admiralos el tonto y los desprecia el literato.

LA NUEVA LENGUA FRANCA.



“La langue franque est un melange de diverses langues chrétiennes, et d'expressions qui sont, pour la plupart, italiens ou espagnoles, et quelque fois portugaises, depuis peu. Comme á cette confusion de toutes sortes d'idiomes se joint la mauvaise prononciation des maures et des turcs, qui ne connaissent ni les modes, ni les temps, ni les cas, la langue franque d'Argel n'est plus qu'un jargon semblable au parler d'un negre novice nouvellement amené en Espagne.”

Viardot, notas al Quijote.

¿Quién habría dicho al pobre Mr. Louis Viardot que al mismo tiempo en que él se desvivía por presentar á sus compatriotas una traduccion digna del libro mas ameno y divertido que se conoce, desaparecía el idioma en que se concibió y produjo este espléndido monumento del ingenio humano, de suerte que los paisanos del autor se verían pronto forzados á recurrir á su version para entenderle! * Nuestros grandes hombres, nuestras *notabilidades* literarias, han abandonado ya el uso de la lengua española, como inútil y embarazosa sustituyéndole una nueva lengua franca, muy

* La reciente traduccion á que alude el testo, hecha con sumo conocimiento de ambos idiomas, interesa á la vez á franceses y españoles. A los últimos, por la razon apuntada: á los primeros, porqué escrita con la abundancia y flexibilidad que se advierte en los buenos autores del siglo XVII, les muestra palpablemente lo mucho que han perdido en abandonar estas buenas dotes que resaltan en las obras de *Montaigne*, *Charron* y *Moliere*, por el empalagoso y estrecho amaneramiento de los filosofastros del siglo XVIII.

Otra circunstancia recomienda esta version, y es que de todos los extranjeros que han acometido tan difícil y escabrosa em-

parecida, si no en sus elementos constitutivos, en su modo de composicion, á la que en tiempo de Cervantes se hablaba en las costas de Berbería, la cual tiene entre otras la peculiaridad de que los mas bozales y cerreros son los que mejor la comprenden. Su fondo es todavía el anticuado y semibárbaro dialecto que se usaba en la corte de España en el reinado de Carlos III, y del que á falta de otro mejor se valieron para espresar sus pensamientos Campomanes, Jovellanos, Cadalso, Melendez Valdés, y el insulso y frígido Moratin, á quien nuestros hombronazos del dia tratan con razon como á un demandadero de monjas. Pero las palabras se presentan ya despojadas de los accidentes gramaticales que las aprisionaban, y les impedian campear con desembarazo y gallardía, se les hace variar de significacion cuantas veces se juzga necesario, y se prefieren las voces y frases de gifería y taberna. Para enriquecer algun tanto una lengua tan pobre y estéril, se le incorporan diariamente muchos términos y modismos, bien pertenezcan á las lenguas cristianas, bien á las judías, paganas ó musulmanas. Así es que la nueva lengua franca se asemeja con bastante propiedad á lo que podemos figurarnos que sería el idioma de la torre de Babel en boca de los peones y carreteros que conducian los materiales para su construccion.

Una reunion de literatos, traductores de dramas y fabricantes de romances, trataba de compilar un diccionario comparado *hispano-franco*; pero apenas se empezó á discutir este proyecto, fué preciso abandonarle, porque se vió que su ejecucion sería obra de romanos.

Tambien se pensaba en formular una especie de gra-

presa, el Sor. Viardot es el que mejor ha desentrañado el sentido de Cervantes, aunque á veces se le escapan chistosísimos desatinos. Por ejemplo, en el capítulo 24 de la segunda parte traduce un *sota-hermitaño* por *una sous hermite*, y añade por nota: *expression plaisante pour dire la servante de l'hermite, qui s'en faisait le lieutenant*, cuando semejante cosa no le ocurrió á Cervantes y *sota-hermitaño*, lo mismo que, *sota-arracaz*, *sota-cochero*, *sota-despavilador*, y otras espresiones por este estilo, significan el ayudante ó suplente del personaje principal, designado por el segundo término de la voz compuesta. Mas adelante, en el capítulo 38, hablando de la promesa de matrimonio que había dado á D. Clavijo la infanta Antonomasia, dice: *le vicaire vit la cédulle, et reçut la confession de la dame*; y en consecuencia la figura en una viñeta arrodillada ante un confesonario, equivocando así la confesion sacramental con la judicial.

mática para el nuevo idioma; mas habiendo representado algunos poetas que semejante intento era *en contra de la marcha del espíritu del siglo*, se le dió de mano como *depre-sivo* de la noble facultad que tiene cada hijo de vecino de espresarse del modo que se le antoje, y de decir cuando se le cite á Garcilaso, Lope de Vega, Herrera ú otro de aquellos vejetes:

Que si él habló la lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me dá la gana.

Sin embargo, deseosos los traductores y fabricantes referidos de hacer algo de provecho, para dar ocupacion á los libreros, y que estos no los mantengan de valde, han resuelto reimprimir las obras dramáticas de D. Leandro Fernandez de Moratin con notas y comentarios sobre el antiguo teatro y el antiguo idioma de los españoles, y el informe de la Sociedad económica matritense en el espediente de la ley agraria con un estenso glosario de las voces y frases que han caido en desuso.

He leído no sé donde, que las lenguas han precedido á las gramáticas, y que estas no son sino colecciones, mas ó menos bien ejecutadas, de preceptos sacados del buen uso de la lengua á que se aplican. Partiendo de este principio, me propongo examinar diversos pasajes de los escritos publicados recientemente á una y otra márgen del Atlántico, por si puedo deducir de su comparacion algunas reglas aplicables al nuevo idioma; sin que por esto se entienda que intento *coartar* en lo mas mínimo la amplísima libertad de los que las miran como embelecós, artificios y preocupaciones de otra época.

Poco diré de la ortografía, aunque parte principalísima de la gramática, y cuyas faltas estan mas al alcance de todo el mundo: con escribir al revés de nuestros padres seremos unos girifaltes en esta materia. Ellos escribían *geodesia*, *geologia*, *monjio*, *bajio*; y nosotros de consiguiente escribiremos: *jeodesia*, *jeologia*, *mongio*, *bagio*. Donde ellos ponían *b* nosotros pondremos *v*, y viceversa; quitaremos la *h* donde ellos la ponian, y la pondremos en las voces en que no la usaban; y así diremos: el *basto* océano, *desvastar* un tronco, las *ojas* de un árbol, los *hojos* de mi dama &c.

Con respecto á la puntuacion, no hay que hacer mas que regar los puntos, las comas y los demás signos á *Dios te la depare buena*, y sobre todo emplear muchas admiracio-

nes. El que dude de la exactitud de estas reglas, se convencerá leyendo con alguna atención el primer periódico que le venga á la mano.

“El de Arévalo *lo* provocó (al caballero), hasta ponerlo en la necesidad de sacar la espada, é hizo que *lo* siguiese á un sitio solitario.”

“El viento hacía oscilar la luz de un *belon* de hoja de lata que iluminaba la pieza hasta el punto de apagarlo y *quedarla* á oscuras.”

Así, ya no diremos *el caballero, el velon*, sino *lo belon, lo caballero*. En cuanto á puntuacion, en el segundo ejemplo, Dios guarde á V. muchos años. También podremos decir: hoy me *dejo* en casa, en lugar de me *quedo* en casa.

“Se les ejercita con caparazones y mantillas calientes que *les* envuelven por todas partes: luego de cuando en cuando para acostumarlos á la carrera se *les* descubre y se *les* monta.” Puntuacion, Dios la dé.

Hombre, no llegues ahí,
Y verás como no yerras.

“En el hospital hallaron varios enfermos, y... *les* dejaron en paz.” Me parece que hicieron bien.

“Ellos recogen las cosechas, y arruinando á infinidad de vecinos, *les* ponen en estado de reirse de esas necias disposiciones.” Pocas ganas deben tener de reirse hombres que quedan arruinados.

“Cuando la tempestad política que *les* ha elevado al poder les hace presentarse *al frente* de esta tribuna.”

Un general se pone *al frente* de su ejército: un reo aparece *ante* el tribunal que ha de juzgarle. Este es el sentido, y esta es la espresion que debió usarse en la frase que acabo de transcribir, si estuviese en castellano.

“Hemos creído complacerles presentándoles una *copia* (diseño, dibujo cuadro, semejanza) exacta y bien ejecutada de la primera *escena* (teatro, señor, teatro. Por Dios no diga V. tantos disparates!) francesa!”

Cuando había gramática española se distinguía un caso acusativo y otro dativo: con sujecion al primero se decía *los* en todos los lugares en que aquí se marca *les*; pero ¿para qué sirve la gramática? quién se mete en estos dibujos? ¡Chucherías! boberías! fruslerías de los clásicos!

“Comprendiendo entonces su dueño aquella *excesiva susceptibilidad de organizacion* (espresiones de moda que

apenas se entienden), continuó engañando su impaciente ardor, encubriéndola sus proyectos hasta el momento *solemne*,” (*oportuno* bastaba).

“Quiero verla!... quiero abrazarla!... quiero pedirle cuenta de mi felicidad!”

“Por lo mismo que la filosofía se ha prostituido, no la rendiré yo culto.”

“Los turcos no creen en la inmortalidad del alma de las mujeres. Esta opinion injuriosa no las impide venir á ofrecer sus respetuosos *deberes* á los muertos.”

No entiendo esto de ofrecer respetuosos deberes á los muertos. Tal vez querrá decir: encomendarlos á Dios, orar por el reposo de sus almas, ó cosa semejante; mas como esta costumbre va ya tambien cayendo en desuso, confieso que estoy perplejo. He aquí porqué sería muy conveniente que cuanto artes se publicase ese diccionario de que dejo hecha mencion.

En los ejemplos anteriores se confundía el caso acusativo con el dativo: en estos, por el contrario, es el dativo el que se transforma en acusativo. Ello es que....

A la corta ó á la larga,
Siempre yerra el Doctor Parga.

“A treinta años solo *se es* bueno para ser diputado, ó director de un periódico ministerial.” ¡Cosa mas rara!

“Cuando llegó (el fuego) al puente de madera y barcas de dicha ciudad, se comunicó á él el incendio: unos guardacostas que había cerca empezaron á cañonazos (suple disparar) para apagarlo y lo legaron; pero fué derribándose dicho puente.”

Esta historia se asemeja á la del hombre que cayó en un pozo, y no se ahogó por estar seco; pero se estrelló los sesos en las piedras del fondo.

“La criada las vió contar [unas monedas], y cuando llegó el dueño se las hizo sacar y *se las quedó*.”

“Su boca reía: su corazon era un infierno.”

Un español diría: reía con la boca, y tenía el infierno en el corazon; pero la gracia está en el galicismo.

“Ya hacía algunas horas que dormia *yo* pacíficamente... *mis* dos bujías, *mi* quinqué estaban encendidos: lujo era aquel que *yo* no me había permitido...!” ¡Maldito seas, egotista insoportable!

Se es bueno, á él el, se las quedó.... son frases que no

desdicirían en la boca de un nativo de Angola recién desembarcado. Véase con cuanta propiedad caracteriza el Sor. Viardot á la lengua franca, cuando dice que se asemeja á la de *un negre novice nouvellement amené en Espagne*.

“Conoce V. la rigidez de sus principios, y bien sea que *háyanos* adivinado, ó bien que nos engañemos...”

“La jóven era una de esas *graciosas creaciones*, tan débiles y tan delicadas que al parecer *débelas* destruir el menor soplo.”

El pronombre enclítico solo puede usarse cuando la oracion empieza por el verbo: en cualquiera otra circunstancia es un barbarismo ridículo.

“¿Ni como *hubiese* sido posible que ensordeciese el gobierno?”

Habría es la voz propia: suele sustituirse sin yerro *hubiera*; pero *hubiese* es un despropósito por mas que se empeñe en prohijarle la presuntuosa ignorancia.

“Esta mañana *fué detenido* Francisco Muñoz y Micaela San José.” Otra que bien baila!

“Aquel caballo, aunque enganchado á la sazón en su pesada é *innoble* [ignoble] carreta, era uno de los ocho caballos *bárbaros* que el bey de Túnez *regaló* [había regalado] al rey Luis XV en 1731.” Harto bárbaro es forzoso ser para producirse así: *berberiscos* eran los tales caballos.

“Los turcos creen generalmente que el *cuerpo* no deja de sufrir hasta que *no* descansa en el sepulcro.”

“El árduo empeño de gobernar al país *en contra de* los principios y *tendencias* de las opiniones.”

Aquí se emplean tres preposiciones para construir mal una frase, que con una estaría bien construida. ¿Qué serán estas *tendencias* de que tanto se habla hace algunos años? Algun nuevo descubrimiento como el de los habitantes de la luna.

“El Curioso parlante, hombre de mucho saber, y en el que *grandes esperanzas funda* la literatura española... En ellos reirá y solazará á su voluntad con los chistes del Curioso, y á *conocer aprenderá* lo que vale un sereno.”

No seré yo quien dispute su saber al Curioso parlante; pero de seguro *sé* que no aprobará estas inversiones, y mucho menos las siguientes:

“El *verdadero* profesor Pelgas con su *amable* compañero y *agradecido* discípulo Le-Roy han penetrado *de nuestros males el origen*. *A ciegas antes de estos caminaba la medicina*... Estos grandes hombres *de la naturaleza arrancaron los secretos*.”

Lo que mas me agrada en este pasaje es la propiedad de los epítetos. Todos cuantos profesores hay y ha habido en el mundo, son y han sido *mentirosos y espurios*: solo Pelgas es *profesor verdadero*, tan verdadero como el profeta Mahoma.

Pues, ¿y dónde dejamos á su *amable compañero*? hay cosa que así prenda y esclavice el corazon de una hermosa como un vomipurgante?

Lo de *agradecido* tambien viene muy á pelo: el médico que no lo sea, ¿puede dejar de ser un zote?

“Todo [en el navío] estaba *en desorden* cuando me desperté: las vergas no estaban *arrumadas* para tomar viento [braceadas], las velas no estaban *encendidas* [habilitados quedarían los pobres navegantes, si en lugar de orientar las velas, las encendiesen], si solo flotaban y seguian el movimiento del navío.” [zapateaban].

Utrum. ¿Porqué se meten á escribir de las cosas de la mar los que solo la han visto pintada en el mapa?

“Hácia fines del siglo XIV, Juan de Morales, español natural de Sevilla [si era sevillano, dicho se está que era tambien español], pasaba sus tristes dias de cautiverio en las prisiones de *Maroc*.”

Los traductores que llaman *Bruxelles* á Bruselas, *Anvers* á Amberes, *Gand* á Gante, y *Aix-la-chapelle* á Aquisgran, ¿qué extraño es que llamen *Maroc* á Marruecos? Lo que pudiera estrañarse sería que alguna vez acertáran.

“Hecho prisionero [el susodicho Morales] en el océano por los corsarios, gemia después de muchos años en las lúgubres mazmorras *de la cristiandad*.” No por cierto, sino en las de Berbería.

“A treinta años empieza á blanquear el pelo [en otro tiempo se decía: empieza el hombre á encanecer], *se pinta ya en el rincon del ojo* [harto sospechoso es el tal rincon], esa arruga *maligna* que se llama comunmente, *pata de ganso*.”

Don Fabian ó Don Macho! Lo que los franceses llaman *patte d'oie*, es en español *pié de gallo*.

“En vez de aquel oscuro rincon de aquella cuadra fétida y sombría [otra vez andamos por los rincones: Dios nos deje salir á buen puerto], habitaba una cuadra particular blanqueada con aseo [encalada], enlosada de ladrillos [enladrillada], que casi desaparecian bajo el *espeso* estiércol.” Mal se aviene esta porqueria con aquella limpieza.

D. Turuleque me llamar
 Imagino que es adrede,
 Porqué no me sienta bien
 El don con el Turuleque.

Lo que el traductor llama *espeso estiércol* es una cama de heno seco.

”Los habitantes no tienen lujo, pero gozan de cierto *bien-estar* que agrada *contemplar*.” Hermoso sonsonete!

“Ya en el primer punto no había noche, sino *una especie de anochecer* ó crepúsculo vespertino, en que se veía la aurora á la parte de poniente.

Pase por la especie de anochecer; pero esto de ver la aurora á la parte de poniente, no me lo haran tragar frailes descalzos.

“A media noche todavía están *animadas* las calles [debe ser la Noruega un país bien raro!]; los habitantes se colocan de pié delante de sus puertas [como santos en retablo: fáltales la animacion que sobra á las calles], donde aguardan *el sueño que viene*, y por fin, van á acostarse aburridos ó por método.” Parece que esto da á entender que el sueño *no viene*.

Estos tres pasajes se han sacado de un papel titulado: “algunas observaciones fisiológicas hechas *en los polos*,” y de este título resulta que no solo el del norte, sino tambien el del sur, se hallan en la costa de Noruega. La geografía, como las demás ciencias, marcha aceleradamente..... hácia el muladar.

En otro escrito leemos: “La corbeta francesa *la Recherche*, que va al *polo norte* á una expedicion científica, salió del Havre para las islas Feroe.” Estos caballeros deben figurarse que es tan fácil ir al polo del norte como al teatro del Príncipe. Y ya que estamos con la geografía entre manos, vaya otro trozo y concluyamos:

“Ha venido á esta [Murcia] un comisionado para preparar las elecciones con el pretesto del canal de *Huesca*”

Aunque sabemos que las calles en la Noruega bullen y retozan, no hay noticia de que la ciudad de Huesca haya salido de Aragón: tal vez quisieron decir *Huésca*.

“Algunos propietarios de *atunaras* [almadrabas] observaron hace algunos años que ciertas *bandadas* de verdaderos tiburones [tan verdaderos como el profesor Pelgas] *sa-*

queaban sus redes, pero solo pudieron coger uno en Nice.”
[Niza].

Cualquiera cosa habría yo dado por ver una *bandada* de verdaderos tiburones con sus mochilas al hombro, ocupados en saquear las almadrabas.

“Así es que Roxana [una yegua así llamada] siempre salía victoriosa de las mas *encarnizadas luchas*.”

Estas *encarnizadas luchas* eran carreras de caballos.

“Los directores tratan en este momento de dictar medidas para contener esta disminucion creciente de sus rentas en *lingotes* de oro [tejos], y con este objeto negocian, no solamente *billetes del echiquier* [bonos de la tesorería], sino que venden *lingotes* de plata [barras] á cinco chelines por onza.”

En este pasaje, además de los términos impropios que van señalados, hay un grave error de concepto; pero no se puede corregir sin tener el testo francés á la vista.

“Los *Sloos* de los Estados-Unidos.” La palabra *sloop* no pertenece á ningun idioma conocido: *sloop* significa una balandra; y *pilot-boat* que está inmediato en mis apuntaciones, un pailebot. El traducir de esta manera debe ser oficio descansado.

“Las cartas de Ancona anuncian que en aquella provincia se han notado *simtomas de agitacion* [¿qué son simtomas de agitacion?—Simplezas de los periodistas]. *Monsignor Delegato* ha pedido á Roma refuerzos.”

Otro habría dicho, refuerzos á Roma; pero el chiste está en no hablar nunca como los demas: el *Monsignor Delegato*, que parece un nombre propio, es el *legado* ó gobernador de la provincia, empleo que por lo comun ejerce un cardenal.

“Después de haber esperado en vano la correspondencia de Bayona, se supo que el correo *peaton* que la *conduce* [conducía] fué asaltado cerca de Sare.”

Confieso que ignoro lo que es un *correo peaton*: quizá no estará lejos algun amigo que me lo explique, porque ya han empezado á presentarse varios *peatones* en las calles de la Habana, aunque yo no he visto ninguno.

“Estas conmociones nada han podido contra el principio de nuestra hermosa revolucion.”

Bien dicen que sobre gustos no hay disputas: si hay quien llame *hermosa* á una revolucion, ¿porqué se ha de extrañar que se califique de *amable* á Mr. Le-Roy?

“Los habitantes de Eglerain fueron pasados.... [á cu-

chillo?—; qué disparate! eso apesta á castellano á cien le-
guas] *al filo de la espada.*”

“A la toma de Sebsivar todos los habitantes perecie-
ron *debajo del muchete.*” [Chúpate esa!]

“Génova se apoya con altivez en los montes *Apeninos*,
y á sus piés de mármol *brama suavemente* [estas dos pala-
bras sí que *braman* al verse juntas] el mar de Liguria.”

“Resguardan el puerto dos montañas construidas por
mano de los hombres, y *poblado de buques de todas clases.*”
[Si por casualidad dice *pobladas*, lo acierta].

“Canta un sereno la hora y su voz se estiende por el
aire *magestuosa y sombría.*, [esa noche no había luna]. *Pa-
dre nuestro que estás en los cielos*, contestó el sereno, y en me-
nos de un *sancti—amen* se lo rezó *de cabo á rabo.*... (esto pa-
sa de Angola y toca en Salvagina). Aquí tienes un doblon
por ella, gritó una voz *parda y sepulcral.*” Mas bien sería
de color de piel de burro.

“Alava es una de las tres (las tres qué?) que se han
conocido hasta el dia con el nombre de provincias vascon-
gadas, y la que menos se parece á las otras *en diferentes ar-
ticulos.*... Es montuoso su terreno; *pero no le faltan bosques y
arboledas.*... [¿quién había de adivinarlo?] Produce manza-
nas de que hacen *una bebida que llaman sidra.*... [Podía tam-
bien haber dicho: produce unas frutas *que llaman manza-
nas*]. Después de los frutos *tópicos* [sin duda se hará con
ellos una cosa *que llaman cataplasma*] y la mucha crianza
de ganados, su mayor atencion se lleva la industria y co-
mercio del hierro.”

“El que con premeditacion y á sabiendas comete un
crimen tan enorme, queda *estigmatizado* con indeleble man-
cha.”

He aquí otra voz desconocida de nuestros abuelos: no
sé lo que significa, pero no debe ser cosa buena.

“Ellos tienen buenos almacenes *repletos* de las escan-
dalosas *escursiones* y rapiñas que continuamente hacen.”
Merecen un privilegio por haber inventado el modo de al-
macenar las escursiones.

“Nosotros acatamos estas sabias disposiciones y con
placer las hemos recibido, convencidos de las *enormes ven-
tajas* que nos proporcionan.”

El adjetivo *enorme* añade á la idea de grandeza algo
de disforme y monstruoso, y así se dice: *enorme animal, deli-
to enorme.*; pero ¡*enormes ventajas!*

“Vemos á este benemérito individuo que sin temor al

so! ni aguas, ya procurando carretas, piedra, brazos y leña para el horno de cal que hizo quemar, parece como imposible que esto lo pueda hacer sin perjuicio de abandonar sus quehaceres." El elogio, que digamos, no es gran cosa; pero no puede negarse que está escrito con propiedad y elegancia.

Después de libertar el rey Bermejo de Granada al maestre de Calatrava, á quien hiciera prisionero en la batalla de Guadix, en que fueron vencidos los cristianos para captarse la voluntad de D. Pedro de Castilla...." ¡Singular modo eligieron para captarse la voluntad de su soberano!

"Así se verificó, pero apenas recibieron la primera descarga, volvieron caras y huyeron despavoridos, arrojando algunas armas de fuego, mantas, capotes, morrales y otros efectos de comer." ¡Buenos dientes se necesitan para arrostrar con estos comestibles!

"La facción en el encuentro referido, además de los once mulos cargados de arroz, perdió tres de los que acompañaban al convoy, que quedaron muertos en el campo, uno de los cuales era vecino de esta villa." A no ser por esta desgracia, quizá le viéramos con el tiempo empuñando el bastón de alcalde.

"El gran Karro ó el desierto es un terreno muy alto [mas alto que la Giralda] de tres millas de largo y ochenta de ancho." Al revés me las calzo.

"Los pescadores, mirados desde la punta [cumbre] de la montaña, me parecieron poco mas grandes que ratas, y las casas de la ciudad del Cabo, unos puntos negros en medio de innumerables líneas." Lo mismo aconteció á Sancho Panza cuando montado en ancas de Clavileño, vió á la tierra del tamaño de un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que garbanzos.

"En los meses de rigoroso verano, se nota en la ciudad la falta de personas [gracias por los que en ella quedamos], cuyo número forma un guarismo de alguna consideración [concertadme esas medidas], las cuales aun cuando no están en capital [¿qué? andan escasas de metales?] no media mucho terreno entre esta y los puntos que eligen para tener mas fresco y diversion."

¡Qué lindo atar de rocin!
[Y atábale por la cola].

La langosta ya se sabe que es producida en los terre-

renos incultos y acalorados por la sirle ó escremento del ganado lanar.”

Esto que sabe el buen señor, no lo supieron Buffon, Daubenton ni Valmont de Bomare. Decididamente, para ilustrar al pueblo y desarraigar preocupaciones ridículas, no hay remedio mas eficaz que la libertad ilimitada de imprenta.

“Han traído mas de cuatrocientas mujeres del pueblo de San Mateo y otros, por falta de pagos de contribuciones y demás [este *demás* vale un Potosí]; sin duda los hombres se *alargaron* á la noticia de la aproximacion de dicha fuerza, y dejaron á *todo ese sexo* para responder á *toda* clase de demandas.”

El vulgo es quien nos paga, y así es justo.
Hablarle en vulgo para darle gusto.

“Se cortó el incendio que amenazaba muy de cerca á esta ciudad [Tortosa] y á un *inmenso número* de embarcaciones [doce ó quince faluchos] que se hallaban al abrigo de estos muros.”

“Tambien entre los *sencillos y cándidos* pastores suelen á veces ocultarse *alevosos y crueles asesinos*.”

Tambien entre los pastores.
Hay peregrinas cabezas.

De poco se admira este *sencillo y cándido* escritor: si se tratase de una falsificacion de firma ó de algun otro de los delitos que presuponen ingenio y habilidad, pudiera causarle estrañeza; pero ¿quién se admira de que un patán cometa un homicidio, sobre todo después de tanto como se ha trabajado para quitar al pueblo el único freno que podia tener á raya sus pasiones?

He dicho que por dondè quiera que se examine un papel de los que se imprimen de algunos años á esta parte, se le encuentra lleno de las mas intolerables faltas de ortografía, así en la eleccion de las letras como en la puntuacion, de manera que los errores de esta última clase hacen muchas veces decir al escritor lo contrario de lo que intentaba. Vemos en los ejemplos que he presentado confundido el género neutro con el masculino, el caso acusativo con el dativo y este

con aquel; equivocado el uso de las voces de los verbos; tomando unos modos y tiempos por otros: absurdos no menos repugnantes se notan en el manejo de los pronombres, preposiciones y conjunciones; y por último violentísimas inversiones que de ningún modo tolera el genio de nuestra lengua. Véanse también infelicísimas traducciones, en las que costaría trabajo decidir que es lo que más se maltrata, si el sentido de autor, el idioma en que escribió, ó el del mismo copista que ni aun sabe trasladar palabra por palabra del uno al otro, y así llama *atuneras* ó *atunares*, (porque en realidad no sé cual es la voz que prefiere) á las *almadrabas*, *Nice* á *Niza*, *Maroc* á *Marruecos*, y *bárbaros* á los *berberiscos*; y en fin, necedades de á folio y hasta blasfemias en los que llaman escritos originales, que no son más que ruines imitaciones de lo que mal leen y peor entienden. En vista de este cuadro que nada tiene de exagerado, podemos inferir sin temor de equivocarnos, que el principio dominante de esta secta orgullosa y vocinglera, no es otro que la ignorancia, ignorancia crasa y supina, que propagándose de unos en otros á favor de los trastornos políticos, del abandono de los buenos estudios, y de aquella cruel facilidad con que se permite escribir para el público á todo el que puede tener una pluma entre los dedos, esparce un denso velo sobre la sociedad entera, pervierte los principios de la crítica, del buen gusto y de la moral, alhaga los errores y supersticiones del populacho, y mina por su base las creencias religiosas. No faltan por cierto hombres sabios y virtuosos que combaten en defensa de la verdad; pero son pocos, su voz es débil y sus esfuerzos impotentes para resistir el ímpetu de las tinieblas que sobre nosotros se desganjan. Quizá los mismos que más contribuyen á este espantoso desorden, instruidos con sus propios yerros, porque al cabo y al fin, *el tiempo que es gran desbastador de zoquetes, los irá descortezando poco á poco*, * se enmendarán y entrarán en el buen camino; pero entonces ya será tarde para remediar el daño que habrán hecho, y que podrían haber evitado fácilmente *estudiando antes de escribir, y aprendiendo antes de erigirse en maestros*.

* Frase culta que un escritor moderno aplica á sus propios compañeros.

NOTA.

Por razones que el lector entendido comprenderá fácilmente, se han suprimido las citas; pero el autor de este pequeño escrito no tendría reparo en presentar los documentos, por poco que se dudase de la exactitud de los pasajes trasladados. Lejos de haber pervertido la puntuacion, la ha rectificado en muchos de ellos; y tanta es la prisa que se dan algunos á escribir desatinos, que no le costaría el menor trabajo componer muchos artículos como el presente, sin mas preparacion que la de echar mano de algunos mamotretos recientes.

 CANCIONES FRANCESAS.

Los franceses son muy aptos para este género de composiciones por su viveza, el deseo de conocer y declarar lo ridículo y la índole de su idioma que les presenta multitud de palabras con doble sentido; de tal suerte, que solo en la época del terror cesaron sus coplas, y no ha habido otro acontecimiento público que no cantasen. Entre los mejores cancioneros se cuentan Mavigny, Blot, Lusiére y Coulange, sin olvidar á Vergier. En los *Vaudevilles*, canciones que circulan por la ciudad, se ha distinguido Panard en la octava décima centuria. Las galantes y amorosas, tuvieron en la décima séptima mas sencillez, afecto y gracia que en la siguiente, donde abundan el ingenio y las paronomasias. Collé, Lattaignaut, Rousseau y casi todos los buenos poetas, las han hecho preciosas: hay tambien muchas para recitarse en la mesa, y otras llamadas *Noëls* en las que suponiendo el parto de la Virgen, traen al establo á los que quieren criticar ó ridiculizar, así como en nuestras *ensaladillas*. La Harpe ha hecho romances.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

MARIANO Ó LA EDUCACION.

SESTA PARTE.

“**A**NTES que te cases mira lo que haces: este es un refran muy antiguo: ¡Pué no faltaba mas, sino que se hicieran estas bodas de chiquillos de escuela!... ¡excelentes cabezas para gobernar una casa! estupendo padre de familias, cuando apenas necesita de que el barbero le plante la navaja en la cara!... Vaya, vaya... yo no sé en lo que piensan estas criaturas! querer matrimonio antes de saber traer pan á casa!... ya se vé, cuentan con cuatro medios que ha juntado uno con el sudor de su frente, y se esperan la gloria de Dios antes que hayan hecho nada para ganarla. ¡Pues gran chasco te llevas si te prometés buena dote de la novia! en esta tierra, hijo mio, se estila casarse á palo seco: hasta que se hereda, no se hace mas que mirar á la luna como los perros, cuando le ladran; á lo mas, las vituallas, para el que tiene la sanguasa de que le esté manteniendo de mamalon su suégro: eso es todo lo que se pilla; ¡bella pitanza para el que tiene sangre en las venas y diez dedos espedi-

tos para buscarse la vida por donde quiera!... Conque así no hay que dejarte deslumbrar por las guardas-rayas de mi amigo D. Telesforo, que no producen sino mangos y naranjas, ni por su bajilla dorada, que acaso es del metal de los velones que se usaban allá en mi tierra cuando yo era pequeño." "

Bien se infiere que el autor de esta famosa homilía era D. Vicente, que iba con su hijo en su quitrin de campo precedido del de D.^a Marcela á quien acompañaba siempre su negrita de mano; caminando para el ingenio La emulacion, con la fresca de las once del dia. Mariano, el aburridísimo Mariano, unas veces dormia, otras bostezaba, otras se daba á mil santos, sin saber qué contestar á su incansable padre que amplificaba lo arriba dicho con mucho mas de lo que yo tendria paciencia de escribir, y el benévolo lector de pasar por la vista: en fin, no pudiendo ya mas, prorrumpió, tan encendido como un guanajo por las cercanías de pascua

—Pero Señor ¿quién intenta casarse? Me parece que no he dicho ni una palabra de esto, y que estar contento en una hermosa quinta, ó finca, como V. la llama, y con gentes tan amables, no es llevar la novia á la iglesia: es verdad que Paulita me encanta, no negaré que ella me ha asegurado que no le soy indiferente; pero de esto á contraer esponsales hay mas distancia que de aquí á Roma. Si no hubiera tenido atenciones con ella, V. hubiera sido el primero en echarme en cara mi grosería.

—¡Pues callen! respondió con viveza D. Vicente. ¡Conqué ya no pueden ser políticos los jóvenes sin enamorarse á la primera de cambio de las muchachas que ven, y lo que peor es, sin enamorarlas! Ay Mariano! ¿quieres tú venir á disputar sobre esta materia con tu padre? Pobrecillo ¿qué yo vuelvo cuando tú vas! Confiesa que joven é inesperto te has dejado atrapar; pero mira que te lo vuelvo decir, no es todo oro lo que reluce; has visto allí mucho boato, mucha bambolla y te se han ido los ojos: no te engañes, un cafetal por mucho que te maraville, no es mas, hablando en general, que una hipoteca para hacer trampas. No es decir ni que D. Telesforo sea tramposo, ni que esté reducido á su solo cafetal, porqué en los tiempos que corren, y con su modo de vivir, pronto daría con el santo en tierra: él tiene otros bienes, y los tales cafetales son fincas muy engañosas: al principio producian bien y los cafetalistas se montaron en un lujo del que no quieren bajar después, ó por mejor decir del que suelen hacerlos descender bien á su pesar los acreedores:

yo he oído desde que iba á la escuela, que “hacienda de campo donde haya chocolatera, pronto enviaba al amo al hospital ó á la cárcel.” ¡Economía! santa economía! esa nos hace prosperar, vivir sin afanes para mañana, sin que aporreen nuestras puertas las manos importunas del que viene á pedirnos lo que le debemos, y sobre todo nos facilita el consuelo de dejar á nuestros hijos con que no se queden en la calle á la clemencia del cielo. Síguete pues por mis consejos; ten paciencia, que la hora llegará y te casarás, y lo que es peor, quizás te arrepentirás mil veces. Tú no has conocido bastante á Paulita, ella no ha podido apreciarte bien: estos son amores de comedia, que suelen acabar en tragedia.

En esto iban entrando ya por las tierras de su dominio: un arroyuelo sucio y lánguido que iba á morir en una charca cenagosa y estancada, un terreno casi sin árboles, con matorrales dispersos; sin camino abierto, pues no merece tal nombre la seña con mil desigualdades y precipicios por donde se habían hecho paso las carretas y los carruajes, era cuanto sustituía allí á los jardines de los cafetales: en fin, la tierra colorada había desaparecido y con ella todos aquellos encantos, aquella inmensa vegetación, aquellos cercados, tanto árbol, tanta lozanía: terminó el paraíso, entraron en la tierra del trabajo y de la penalidad. Muchas yuntas de bueyes, con la piel sola y los huesos, arrastradas bárbaramente de las narices por unos negros desguinapados, miserables, y casi tan flacos y macilentos como las reses, iban á sestear al arroyo de que se ha hablado antes, digno límite del ponderado ingenio La Emulación, base principal del caudal de D. Vicente; pues con aquellos bueyes, aquellos negros y aquellas tierras peladas y sin árboles, daba mas de dos mil cajas de azúcar al año, esto es, diez veces por lo menos el producto del cafetal de D. Telesforo. Luego que hubieron pasado el famoso Leteo, empezó á gritar D.^a Marcela, que sin duda no había perdido la memoria.— ¡Mariano, Mariano, ya estamos en la Emulación!—y una tristeza profunda se había apoderado del corazón de aquel jóven que pensaba ser un sueño cuanto había visto y cuanto le había pasado en el cafetal donde vió á su querida Paulita. Al acercarse á la casa y á los vastos edificios que exige la elaboración de la azúcar, advirtió un jardincito que era el recreo de su madre, en el que había muchos frutales, y las flores siempre abiertas, y las plantas siempre verdes de las tierras tropicales, una bella fuente que corría por entre

aquella verdura que se hallaba á la espalda de la casa de vivienda y á la cual daba una puerta trasera; en fin, alguna cosa que le distrajera de la monótona y desagradable apariencia de las ponderadas tierras de su heredad.— Vamos, aquí hay siquiera un jardincito, aquí podré acordarme de Paulita, ya que no me es dado comunicar con nadie sobre mi amor y mis esperanzas, pues es tal mi situación que todo cuanto me rodea me contraría de una manera tan cruel.

No echó de ver D. Vicente que su hijo iba haciendo estos almnaques, porque descubrió delante del batey personas que no conocía y que en compañía del administrador y del mayoral los esperaban: eran D. Meliton, su grande amigo, con otros dos que le acompañaban. Mucha sorpresa causó á D. Vicente y á su familia que hubiese tomado posesion ya de su ingenio D. Meliton con los dos desconocidos: pero ya hemos dicho, si el lector tiene buena memoria, que era hombre de pro entre los amigos de nuestro honrado gallego, y aunque Doña Marcela le miraba con sorna porqué no cuadraba con su singular opinion de que para educar bien á un muchacho que ha nacido y ha de vivir en un país ha de ir á cualquiera otra parte, aunque sea á dos mil leguas de su patria, y mientras mas lejos mejor; sin embargo, en el campo todo está bueno, y mas en los campos hospitalarios de la isla de Cuba: así pues, todos esclamaron con un grito de alegría, Mariano distraido, y los acompañantes de D. Meliton con el cumplimiento y agasajo de personas que por primera vez se presentaban en aquella casa. Estos tales acompañantes eran un emigrado del continente americano que llamaban D. Cipriano, á quien le restaba un buen caudal para vivir con independencia, y bastante instruccion y conocimiento del mundo, que había recorrido en continuos viajes, para conocer á los hombres de todos los países, las opiniones de todos los tiempos, y las circunstancias que modifican las cosas de tal modo, que á pesar de que nos empeñamos en generalizarlas, las individualizan hasta lo sumo; y así para conocerlas es forzoso examinarlas una por una, y quien cree otra cosa, es juzga que sabe lo que hay en el mundo, y no tiene en su cabeza sino las abstracciones que él mismo se ha formado. Al segundo personaje le llamaban Seide, yo no sé si de nombre ó de apellido, pero á fé que á todos los hombres de 15 á 30 años cuadraba perfectamente semejante apelativo: este Seide de que vamos hablando, era un jóven de 19 años, ni mas ni menos que todos los de su edad que ya hemos pintado, sabiéndolo todo

infaliblemente, porque ¿quién es el que á los 19 años no ha alcanzado hasta lo mas recóndito de la vida? Quién el que tiene el menor motivo de duda? No había salido de la isla, ni á derechas de su casa, y conocía el mundo como á los habitantes de la luna; pero estaba persuadido de que los conocía y no le apeaban de su burro frailes descalzos. Muy bien recibidos fueron aquellos caballeros, y mucho mas cuando dijo D. Meliton:—"Aquí tiene V. á mi amigo D. Cipriano que llega ahora de Europa, y sobre todo de nuestra desventurada patria; estamos con nuestro amigo el conde de Casa-Camaleon, cuyo hijo tengo el gusto de presentarle, en su vasta hacienda de Guayamajica, y contando con la amistad de V. los he traído á la Emulacion á pasar unos dias."— V. ha hecho muy bien, dijo D. Vicente; y Doña Marcela repitió lo mismo, aunque con un tono que equivalía á decir: V. ha hecho muy mal. Mariano, á pesar de la idea dominante que ocupaba toda su imaginacion, hizo algunos cumplimientos á los recién llegados, y por lo demás miraba en derredor de sí, buscando una cosa que no encontraba; y todo era esclamar:—"¡Pero un ingenio es mucho mas feo que un cafetal, porque no hay aquí aquellas hermosas guardarrayas, aquella frondosidad, aquellas flores..." y hubiera podido decirsele, y aquella Paulita; pero el padre tenía ya un antiguo amigo con quien charlar de todas las cosas pasadas, presentes y futuras, y Doña Marcela hacía los honores de la casa lo mejor que le era dado. Descansaron pues, comieron, si no con tanta finura como en casa de D. Telesforo, no con menos abundancia, limpieza y cordialidad, pues apenas el administrador advirtió quitrines y que llegaban conocidos de los amos, cuando mandó matar una ternera, inocente víctima que se sacrifica generalmente en los ingenios si ocurren estas visitas; después de la mesa se pasearon hacia el corte de caña que ya se había emprendido, en donde tanto negro y tanto buey se afanan y sudan para que un sibarita tome unos cuantos terrones de azúcar refinada en un rincon de París ó Londres; registraron la máquina de vapor, que había sustituido al clamoroso y lento molino antiguo que hacía andar una ó dos yuntas de aquellos bueyes, por cierto no de los que se engordan en los abundosos pastos de la Normandía ó de la Flandes; el tren de calderas, los hornos, los tachos y pailas, con la singular prueba del poco de sebo que es suficiente para que en su mayor ebullicion no se derrame en estas el guarapo. En fin todo lo que con justicia llama la atencion en estas singula-

res fincas, en que la agricultura se confunde casi con las manufacturas, y no se sabe si atender á los trabajos rústicos ó á los de la maquinaria.

Seide, que era mas que atrevido, ó por mejor decir muy petulante, ansiaba por hacer ostentacion de sus muchos conocimientos, y de la profundidad de estos, á su parecer sin igual en ningun otro.—Sé que el Sr. D. Mariano, dijo para entrar en materia, se ha educado en Londres y en París, y por consiguiente le supongo muy instruido en las ciencias filosóficas que tanto llaman la atencion de las personas doctas de que abundan aquellas dos grandes capitales; miro con envidia las lecciones que sin duda ha recibido de la boca de aquellos grandes hombres, de los Coussins y de todos los demás eclécticos con que se honra la edad presente.

—Puedo asegurar á V. respondió mas que modestamente Mariano, que no me ha llamado mucho la atencion el estudio de la filosofia, especialmente el de esas doctrinas puramente especulativas y sin aplicacion; en una palabra, soy demasiado *positivo* para no haberme dedicado mas que á la metafisica.

—¿Y no ha oido V. á Mr. Coussin?

—Lo mismo que á M.^{lle} Maro en el teatro francés, y á la Malibran en el italiano; por moda, porque allí iba todo el mundo.

—Le compadezco á V., mi querido amigo, dijo Seide, no sin un grande arqueo de cejas, y un movimiento singular de cabeza.

D. Cipriano que estaba oyendo el diálogo, tomó entonces la palabra en estos términos:—El eclecticismo se ha hecho de moda, pero yo sin ofender á nadie, creo que les sucede á estos eclécticos imberbes lo que á Marianito quando fué á oír á Coussin, que no tuvo otro motivo sino el que lo hacia otra mucha gente.

—¿Conqué V. creerá exclamó Seide, “que uno se dirá ecléctico nada mas que porque toman este nombre otros varios?” Ya eso es demasiado, yo no sé que los hombres sean tan entusiastas.

—Para el error, para la frivolidad, la moda, el capricho, la imitacion servil que son sus mayores incentivos; para el estudio profundo y laborioso de la verdad, es otra cosa muy diferente, es menester bastante resolucion, deseos de trabajar mucho para adelantar y no para que lo sepan los otros, conatos de conocer lo cierto para ser útil á los demás y no para aturdirlos con nuestro saber; es menester precisa-

mente lo contrario de lo que han hecho, hacen y harán probablemente hasta la consumacion de los siglos los pseudoe-ruditos que han infestado en todos tiempos la república de las letras.

—¿Conqué V. no cree que el puro amor de la ciencia puede inflamarse en el corazon de una juventud que se muestra tan ansiosa por alcanzar la verdad, que todo lo emprende para conseguirlo y para distinguirse en todos los ramos del saber humano?

—Yo no soy tan injusto que no crea en la posibilidad de que muchos de los que cultivan las ciencias y las artes lo hagan de buena fé, y con mucho aprovechamiento; buena estaria la ilustracion del género humano si todos hubiesen caído en ese caos de insuficiencia y de presuncion, en que todos aspiran por ostentarse sabios y ninguno quiere poner los medios de conseguirlo; pero amigo, sea que yo nació en el siglo pasado, sea que mire las cosas actuales como siempre las vieron los de mi edad, me parece el famoso siglo XIX la era de la hipocresía y de la falsedad: nada es como suena, como aparece; la causa y la entreveo, y quizás no me sería difícil designarla, pero lo cierto es que nunca se ha hablado mas de religion y jamás hubo menos religiosidad: yo no trato solo de los templos desiertos y profanados, de las ceremonias ridiculizadas, y solo cumplidas cuando tiene que satisfacerse la vanidad pueril de los hombres; hablo principalmente del ara de una pura conciencia, que ni se encuentra en ninguna parte, y que á pesar de lo que dicen, ni aun hallada se le dedica la menor ofrenda: la religion conque tanto nos aturden los modernos, ó es una ironía mucho mas impía que los sarcasmos de Voltaire, ó un engaño mas pérfido que todos los que puede intentar el hombre para vender á sus hermanos. Y si de la religion pasamos á la política; veremos que sin persuasiones íntimas, los corifeos de la *doctrina*, como los llaman los franceses, y que tantos imitadores tienen en todas partes, carecen de principios fijos, y entre ellos ni se advierte el entusiasmo generoso del liberal, ni la franca y leal fidelidad del conservador de los privilegios del trono y de la nobleza.... no se vé después de tanta frase, y de tanta protesta, mas que el frío é interesado egoismo. Pues ¿y las letras? aun es peor si cabe: todos ostentan un ansia por saber ó por mejor decir, por parecer sabios, que asombra; todo lo emprenden menos lo que es indispensable para adquirir algunos conocimientos, el estudiar. Fué precisamente para esta pereza vanagloriosa y

«cinglera de los que quieren ostentar suficiencia á tan poca costa, la predicacion de los dogmas de la nueva escuela, en que se exhorta al menosprecio de toda regla, de todo miramiento, de toda imitacion de lo mas bello que produjeron los siglos pasados: el genio basta, se dijo, y todo el mundo se creyó modestamente un *genio*, siendo lo mas burlesco el ver al genio A, por ejemplo, cómo corona de laurel al genio B; y el genio B, cómo á su vez encumbra hasta las nubes, en un soneto muy detestable, al genio A: pero arrancad á esa literatura aturdida y bulliciosa su careta hipócrita, aunque con riesgo de llevarse para allá sendas patillas y bigotes y luengas y peguntosas cabelleras, arrancadla pues con valor y hallareis que sin objeto moral no produce sino mal, porqué le quita todo interés legítimo y útil á la sociedad: sin miramiento por las formas, sin respeto á los grandes modelos, corre de aciertos casuales en errores, muy frecuentes y aun necesarios; sin carácter propio, sin ilusion que atraiga, esponiendo las convulsiones de la naturaleza que toma necia y obstinadamente por sus movimientos ordinarios, escandaliza en la escena, corrompe en los libros; he aquí, vuestra literatura, examinadla sin prevencion y vereis si exagero.

—“Bravo, bravo, dijo Meliton, así me gusta;” y á la verdad que no había entendido las dos terceras partes de lo que se había dicho.

—Mas en fin, añadió Seide, con cierto aire de triunfo, la filosofía ecléctica no ha sido acusada de hipocresía; esto es todo lo que yo deseaba, cada uno que arrime el ascua á su sardina.

—Yo dije á V. amiguito, continuó D. Cipriano, que *entreveía la causa de esa hipocresía general* y que podría designarla fácilmente: se lo diré á V., pues que quiere oirlo: es la hipocresía de ese mismo eclecticismo, que sin embargo no es eclecticismo: desde luego se entra mintiendo y no es menester ser muy lógico para saber cuales son las consecuencias que se sacan de las mentiras.

—¿Cómo, el eclecticismo no lo es? V. afirmará una proposicion tan temeraria.

—No es del momento esplicar lo que es verdaderamente eclecticismo, y su posibilidad en la mayor parte de los ramos del saber humano, ¿pero para qué este ímprobo trabajo, cuando es tan fácil patentizar que las teorías á que se da este nombre, y que rechazan todas las escuelas, es ya un espiritualismo exagerado, y el mas sistemático, ya un

platonisismo con todas sus visiones y pomposa fraseología, y ya en fin un absurdo panteismo, hasta el grado de que el mismo Coussin se ha visto en la necesidad de defenderse de esta imputacion? (Cour. de l'Hist. de la Phylos. tom. 3 pág. 16. L. 5.) ¡Imputacion terrible! porqué el panteista no se diferencia esencialmente del ateo; si este se obstina en no ver la luz del sol que hiere continuamente sus ojos, si no descubre á Dios cuyas obras por todas partes aclaman, el que cree que el universo es este mismo Dios, el que confunde la obra con el operario, no niega menos en realidad su existencia: yo no tengo á Coussin por panteista, soy demasiado sincero para no declararlo así, pero me parece un visionario muy ingenioso y elocuente, y que muchas veces al borde del abismo apenas puede asegurarse de precipitarse en el fondo: pero esto no obsta á que la filosofía que le proclama como patrono, sea esencialmente hipócrita. Si no ¿cómo ha de conceptuarse la que después de preciarse de tan cristiana se espresa de este modo: “El cristianismo, la *última religion* “que ha aparecido sobre la tierra, es tambien con mucho la *mas perfecta. El cristianismo es el complemento de todas las* “*religiones anteriores, el último resultado de los movimientos* “*religiosos del mundo: es el fin de ellos,* y con el cristianismo “*toda religion está consumada.*” (Id. id. tom. 1. pág. 54.) Creo que es este un modo muy sincero de ser cristiano. Pero aun hay mucho mas: declama altamente el eclecticismo contra el sistema *utilitario*, y sin comprender una teoría que esplica los fenómenos morales, les prefija una regla, y les designa un motivo natural y consecuente, busca en las doctrinas mas exageradas de algunos de los *utilitarios* las opiniones que pueden atribuirse á un sórdido interés, á un vil egoismo, ofuscándose por error ó por mala fé, pues todo puede ser, en no advertir mas que este fin odioso en el sistema de la *utilidad*, por mas que se les grite una y mil veces que no se se trata sino del bien general, que es la suma del bien de cada individuo, de la utilidad y bien-estar de cada uno que no escluya la de los demás. Pero estos hombres tan generosos, estos que creen en esa justicia *impersonal*, indefinible y aerea, son al mismo tiempo los mas *positivos*, los mas materiales en todos sus deseos, sus planes, sus empresas; como que no han nacido en el siglo de la psicología, sino en el de las máquinas de vapor, en el del dibujo lineal, en el de la geometría de los artesanos, en fin, en la edad de la aplicacion y de la práctica y no de las teorías y de las hipótesis. ¡Contraste original con los que han exagerado la doc-

trina de la utilidad! Los que parece que predicán el mas refinado egoismo son *generosos, moderados, sobrios, honradísimos y caritativos*, y estos hombres son Helvecio y D'Holbach, y el que los juzga así es un testimonio que no rechazará ningun eclético habanero.

—Me admira, respondió Seide, haber oido decir á V. que el eclecticismo no señala regla del deber, pues asegura V. que desconoce la que fijan los utilitariós; *Y yo respondo que damos con su revelacion sublime, al punto que asoma una intencion en la conciencia, y que la hallamos tambien al mirar un hecho de nuestros semejantes comenzado ó cumplido con entera libertad; puesto que jamás nos abandona el oráculo augusto de la razon, y quanto se ofrece nos impone con autoridad divina la obediencia á lo justo, sin quitarle á la voluntad el poder de seguir ó no la voz eterna del deber que la intima.*

—Mi querido Seide, *verba que provisam rem non invita sequentur*, dígolo en latin, que habrá comprendido V. si su anti-clasicismo se lo permite: no hay remedio, cuando no se tienen ideas claras es imposible que la espresion lo sea; así es que á duras penas venimos á sacar que V. señala como reglas del deber la revelacion, la conciencia, la libertad en nuestros actos y la razon que juzga de lo que ejecutamos libremente: yo admito de muy buena gana la revelacion como esta norma de la justicia y de la bondad, pero queridito mio, ¿y los que no tienen la fortuna de seguir la verdadera revelacion, la que emana del hijo de Dios, la que estableció el cristianismo, á donde acudirán para hallar esta norma? Si señor, es verdad, la moral cristiana nos presija un principio infalible para arreglar nuestras acciones, asi es que esta moral divina es al mismo tiempo la mas acomodada para labrar la prosperidad de las naciones, la *utilidad* y bienestar de los pueblos, y aquellos de estos que enarbolan el pendon glorioso del crucificado, son al mismo tiempo los mas cultos, los mas ilustrados, los de mejores costumbres, los mas industriosos, los mas ricos, los que tienen mas poder; son en fin, pueblos conducidos por la verdad eterna á la mayor suma de bien. Pero en quanto á la conciencia, en quanto á la libertad de unestrós actos, en quanto á la razon, que no es mas que la razon universal segun la panteística suposición de Vs., esas no pueden ser reglas de la moral, porque la conciencia de un moro no puede ser la de un cristiano; la de un republicano, la de un súbdito del Emperador de la China; y por último, la de un hombre en ciertas circunstancias no será jamás la de otro que se encuentre en distintas:

el libre alvedrío, la razon que juzga de este servirán para la imputacion del hecho, pero no para designar cuando este es bueno ó cuando es malo; y á la postre, no hay que buscar subterfugios y algaravías; si prescindimos del bien general, de nuestra utilidad social, y no individual, como Vds. se obstinan en suponer, no hallaremos norte que nos conduzca en esta oscura tempestad.

Al acabar esta palabra entró Mariano que había hecho una oportuna retirada en lo mas encrespado de la reyerta filosófica, y bien desde el principio, para lo que luego diremos, si el papel alcanza; mientras, bástenos advertir que su semblante estaba mas alegre, su continente mas despejado y sereno, y que exclamó al ver lo encarnizado que estaban aun los contrincantes.—“Todavía señores? Eso es mucho, no hay asunto en el mundo que merezca ocupar tanto tiempo y con tanto tezon de él”. D. Meliton que se alegraba de que hubiese una interrupcion á este exabrupto filosófico, á esta especie de chubasco que sin mas ni mas se les había venido encima, añadió:—¡Oh! no, hemos estado muy divertidos, el Sr. D. Cipriano ha hablado como un padre de la Iglesia, ¡y Seide! mi querido Seide, es siempre tan obstinado! Estos muchachos no quieren que los años y las canas hayan enseñado nada.

D. Vicente, mientras el tal chubasco, había encendido cuatro ó cinco *injuriados* de la Vuelta de abajo, y había recorrido en su imaginacion el precio que tuvo la azúcar en los 25 años últimos y calculado el que podría tener en los 25 años que han de venir en seguida. D^a Marcela, la pobre D^a Marcela, bondadosa y naturalota, había bostezado con disimulo, había meneado la cabeza en señal de aprobación cuando se trataba de lo mas ininteligible aun para los mismos que disputaban; y por último cuenta la historia que dió sendas cabezadas en su butaca de columpio; es verdad que la psicología es soporífera por sí misma. D. Cipriano dijo: “Señores, Vds. han de disimularme; en disparándoseme la lengua, y sobre todo en estas materias, no sé cuando he de callar, además que es menester ser de mármol para oir tales cosas y no decir esta boca es mia.” V. se lo ha dicho todo, respondió Seide, tal vez llegue mi turno y entonces le haré ver que no tiene V. tanta razon como pretende. Este, siempre tijeretas, exclamó D. Meliton. Con esto, después de las cosas indispensables, y de los cumplimientos de uso, se dispersó la reunion, dando al diablo á los Monteschi y á los Capuletti, esto es á los Psicólogos eclécticos y á los Psi-

cólogos menguados, según el feliz epíteto de cierto autor.

Ya sin duda querrá saber nuestro piadosísimo y al mismo tiempo curiosísimo lector, qué fué á hacer Mariano á fuera del colgadizo: pues Señor, buscó al negrito Encarnacion, calesero diestro, mozo de aretones de oro con sus candaditos, criollo ladino, y sujeto que prometía bajo todos aspectos:—Encarnacion, Encarnacion, oye.—Que quele niño.—Ya viste que te guiñé antes, y te previne al paso me esperases; todo esto te prueba que tengo cosas que decirte muy interesantes.—Habre Su mercé, pero si amo sabe que estó con el niño....—No temas nada, estás bajo mi proteccion; yo necesito que me acompañes á una expedicion pronta, luego que todos se acuesten.—No puere ser.—Quieres callarte; tú me enseñarás el camino.—¿Del Cafetal? no es verdad, niño? si yo lo decía; yo sé muy bien ese camino, pero no puere ser.—A mí no me digas nunca, una cosa no puede ser; yo todo lo puedo ó con el dinero, ó con las pistolas.—Pero niño, si amo me mata.....—Nadie sabe nada: si tú obras con resolucion y juicio, te regalaré muy bien, eres mi negrito de confianza, y hasta un día, la libertad...—Jesú, señó! branco siempre engaña negro.—Yo no te engaño, lo que te prometo es seguro, lo mismo que un pistoletazo si....—No niño, no es menesté; pero mire Su mercé, de aquí no podremos salir sin que lo sientan los guardiero, todo el mundo despierta, nos cogen, y el pobre Encarnacion lleva un boca-bajo....—Tú darás dinero á los guardieros que estén por donde hayamos de salir, nadie nos verá; prepara dos caballos, espérame allí, junto al jardin de mi madre, cubierto con los árboles: verás como vamos y volvemos sin que nos echen menos.—¿Y la niña Paurita?—Calla, animal, no la nombres.—¿Y la niña estará esperando? Mire Su mercé niño no nos esperen unos perro terrible que tiene mi amo D. Telesforo, que les gusta mas morder negros.—¿Qué han de morder, cobarde..!—Qué dice Su mercé niño! no hay muchos años que perros se comieron en la puerta de la muralla al general que cerraba y abría.—No tengas miedo, todo está arreglado, en lugar de esos terribles perros, hallaremos... ¿A niña Paurita?—¿Tú quieres que te mate?—¿Goria! Goria!...—No hagas ruido: quedamos en lo tratado, toma pesetas para los guardieros; esto no es nada, después te regalaré muy bien.

Y con esto se apartaron hasta la hora consabida.

SECCION CUARTA.

POESIA.

A MI LIRA.

SONETO.

Wuelve á sonar ó dulce lira mia
no como un tiempo te escuchó Almendares
cuando á tu alegre son blandos cantares
en sus amenos campos repetía.

Wuelve á sonar en la ribera umbría
que mansos besan los cubanos mares
y refiere á las olas mis pesares
al declinar el moribundo dia.

Tal vez de lejos mi adorada ingrata
escuchará mi voz que plañidera
por la desierta playa se dilata.

Tal vez mi canto de ternura lleno
hará que un *ay* de compasion siquiera
deba á Mirtila en su dolor

FILENO.

LA IMPRESION ETERNA.**A MI DORISA.**

I.

Yo te ví, preciosa vírgen,
de noviembre una mañana
cual bella rosa temprana
cercada de resplandor.

Un manto azul, magestuoso
tu cabellera cubría ;
en tu frente se veía
brillar el santo pudor.

Y tus ojos hechiceros
ostentando su grandeza,
me miraban con ternura
lentos de gracia y candor.

Tu divina faz de rosa
con el azulado manto
aumentaba el dulce encanto
que el corazón me robó ;

Y brillaba dulcemente,
serena, cándida y pura,
como en la celeste altura
brilla sin nubes el Sol.

A tu boca seductora
la sonrisa ví asomarse,
el pecho sentí inflamarse
en un fuego abrasador ;

Y tus labios entreabiertos
bellas perlas me mostraban
perlas que me provocaban
á darte un beso de amor.

II.

Eterna esta impresion será en mi alma
y eternos siglos te sabré adorar :
ni horrible tempestad, ni grata calma
del pecho amante la podrán borrar.

A donde quiera que la suerte dura
me lleve entre los brazos del dolor,
te amaré sin cesar ; y mi ventura
será tan solo recordar tu amor.

Y si el hado propicio y halagüeño
en el trono me sienta del poder,
siempre serás mi amor, mi bien, mi todo,
y mi Dios, mi riqueza y mi placer.

III.

Mírame afable
vírgen querida ;
que me das vida
con tu mirar ;
porqué tus ojos
cuando me miran,
solo respiran
felicidad.

Me jura de nuevo por siempre ser mia ;
de nuevo me entrega tu fiel corazon,
verásme cercado de pura alegría,
do quier disfrutando delicias y amor.

Verás á mi pecho latir abrasado
lanzando mil llamas cual ígneo volcan ;
verás que mi labio tu *nombre* adorado ;
bendice entusiasta con dulce anhelar.

Verásle entre cantos de amor y de gloria,
hendiendo los aires al cielo subir ;
verás en el mundo tu amable memoria
vivir encantada mil años y mil.

ROMANCE CUBANO.

El primer Beso.

*¡Ay cuando podré mirarte
encantadora Lucía,
azucena de San Marcos
hechizo del alma mía.*

Así un mayoral de Alquizar
sentado al pié de una palma
al son del acorde tiple
con dulce acento cantaba,

Y al acusar á las horas
de perezosas y tardas,
en vez de ladrar sus perros
su dulce canto escuchaban.

No cuida de los tendales
ni los almacenes guarda,
que amor que todo lo vence
su tierno pecho avasalla.

Tres veces ya los cafetos
unieron á la esmeralda
bellos granos purpurinos
y fragantes flores blancas.

Tres veces tambien erguida
doró los campos la caña
desde que el sí venturoso
consiguió de la que amaba.

Jamás amador tan tierno
vió su constancia premiada,
jamás tan tierna amadora
correspondió á quien la amaba.

Dos lunas ha que le ofrece
el beso que amor regala,
y aunque le ofrece amorosa
dos lunas ha que le engaña.

Ya llega aunque perezosa
la noche que le señala,
y suspirando Jacinto
en el campo la hora aguarda.

No vé las siete cabrillas
en el zenit, ¡cuanto tardan!
Aun están tal vez despiertos
los padres de su adorada.

Los guardieros aun no duermen
y tal vez ella le aguarda,
tal vez como él impaciente
se queja de su tardanza.

No mas, no mas, dice y luego
presuroso se levanta
monta el moro, le espolea
y la blanda rienda alarga.

Ya pasó el vecino monte
ya deja atrás la *sabana*,
ya vé el lindero que busca,
allí le espera su amada.

Allí el delicioso beso
á que llegue solo aguarda,
allí tal vez ¡cuantos triunfos
el dulce amor le prepara!

Infeliz, te compadezco,
tu ardoroso amor te engaña;
que al pié de la Ceiba amiga
testigo de vuestras ansias,

Tu amante en cólera ardiendo,
tu amante injusta te guarda,
no el premio de tus suspiros,
la pena de tu tardanza.

Ya te apellida inconstante
y falso amador te llama,

Ayuntamiento de Madrid

ya te niega el dulce beso
y la blanca mano aparta.

Ya dice que te aborrece ;
no llores, triste, te engaña,
y hora que jura olvidarte
mas que nunca amor la inflama.

Ruega y triunfa, que sensible
con tus lágrimas se ablanda,
mira ya cual por sus labios
la dulce sonrisa vaga.

Tú venciste ¿no la miras
que al decirre *nó*, turbada,
ni tus ruegos la importunan,
ni veloz de tí se aparta?

Llega y besa, ella lo quiere,
no la temas, que si calla,
no el disgusto que la causes,
el rubor su lengua traba.

Ya mirándote al soslayo
los modestos ojos alza,
ya el beso te da: ¡dichoso
quien gloria tan alta alcanza!

¡Dichoso tú! mas no intentes
temerario profanarla,
que el beso es el solo premio
que dan las ninfas cubanas.



SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

Luisa y Tomas.

III.

EL CAFETAL.

SI quiere el lector acompañarme todavía en la narracion de estos hechos, véngase conmigo á un cafetal situado á diez leguas de la Habana, camino de la Vuelta-bajo, y coluémonos, si le place, en una larga y limpia guarda-rama de mangos que conduce al *batey* de la finca. Los cafetos, plátanos y demás árboles, solo se movían á impulsos de un vientecillo bastante agradable, por carecer de la influencia del sol, que se ocultaba en el occidente de la isla, como una rica joya en el seno de una hermosa: sus débiles rayos apenas penetraban hasta el suelo, teniendo que traspasar el ramaje frondoso de los mangos, cuya madura fruta, exhalando un olor aromático, incitaba á probarla. Multitud de gallinas y otras aves atravesaban la guarda-rama para buscar sin duda los árboles donde les era costumbre pasar la noche, y de vez en cuando, uno que otro *totí ó vijirita*, con el mismo objeto volaban trinando por los aires, cubiertos de un cielo azul que de brillantes estrellas empezaba á salpicarse.

Y allí, en medio de una naturaleza, que tan bella es por ser obra de Dios, se hallaba una de sus criaturas, triste, padeciendo. Luisita, acompañada de Teresa, su criada de confianza, caminaba por aquella guarda-rama hácia la casa de vivienda: había salido aquella tarde para esparcir la melancolía que se apoderó de su corazón con mas fuerza que nunca desde el momento en que la separaron de su tierno niño... ¡le quería tanto...! Pero como su principal interés era complacer á su esposo, no había dudado pasar de la ciudad al campo, donde estaba hácia tres meses. Desde el momento que llegó, fué acrecentándose su enfermedad de pecho: un desgano mortal la consumía; y de todo esto, solo se hallaba impuesta Teresa, pues demasiado tímida no se atrevió jamás á participar á su esposo los achaques que la aquejaban. Cuando su criada le reconvenía por esto, respondiale con sencillez: *no, no quiero que él sepa nada: se incomoda mucho.* Y luego aunque se decidiera á decirselo, le hubiera sido algo difícil, porqué eran muy pocos los ratos que con él pasaba. Tomás en todo el día, ó estaba recorriendo sus cuadros de café, ó en algun pueblo ó finca cercana visitando comadres, ó divirtiéndose, pues no contaba ya para sus paseos con una mujer que solo le proporcionaba incomodidades; y llegada la noche se echaba á dormir á pierna suelta, sin cuidarse de su esposa que en una habitacion vecina yacía en el lecho del dolor.

En el momento de que hablamos, se acercaban ama y criada al mencionado batey. Se componía este de la casa de vivienda á mil pasos del camino real, techada de *tejamaní*; la casa de *molino* al frente con el verdadero molino en el centro, y á ambos lados, dos salones espaciosos para guardar el café: entre las dos casas, y mas cerca de la última que de la primera, había cuatro espaciosos tendales, que por no ser el tiempo de la cosecha del café, estaban vacíos: en un costado, una huerta y un jardín unidos y cercados de limones, pero el último adornado además de cipreses elevados; y en su frente los barracones, ó sea un larguísimo salon dividido en piezas, que sirviendo de habitacion á la negrada, substituyen á los bohíos que en las fincas de menor cuantía se encuentran. Luisita dirigió la vista hácia la portada con ansiedad, porqué esperaba á Tomás que desde por la mañana había partido á un pueblo inmediato á asistir á una gran pelea de gallos, en la que debían lucírsela media docena de los suyos: efectivamente apareció por fin el hermoso trio de caballos moros y se apeó su marido del carruaje.

Al momento se le acercó la esposa y con aire de interés le preguntó:

—¿Ya comiste, Tomás?

—Sí, ahí en el pueblo; contestóle secamente.

—Yo te estuve esperando, y hasta ahora poco creí que venías. ¡Como no dijiste nada!..

—Y bien; ¿qué ha habido? ha sucedido algo?

—No, nada de particular.

—Bien: voy á mudarme la ropa.

Se despojó en su cuarto de ella, y volvió donde Luisa que sentada en el comedor y apoyada su cabeza en una mesa, permanecía descansando de su paseito por la guardarraya. Por primera vez en mucho tiempo, su marido la observó con cuidado y tuvo la atención de preguntarle:

—¿Qué tienes, Luisa?

—Nada; respondióle esta, pero haciendo un esfuerzo tan marcado, con una voz tan hueca, que el que la oyese, temblaría, y levantó la cabeza, presentando su rostro, su rostro tan bello en otros tiempos, y en el que solo le quedaban dos ojos negros, grandes y chispeantes en aquellos momentos.

—¿Como nada! dijo nuestro hombre. Tú estás enferma. Esos ojos... ese semblante...—y poniendo su mano en la frente de Luisa, exclamó con bastante inquietud—tú tienes calentura, Luisa; sí, estás mala, es preciso que te acuestes! Teresa, Teresa, gritó llamando á la criada:

—Mira, le dijo así, que llegó; pon la cama de la niña, que tiene ahora calentura.

—Todas las tardes es lo mismo mi amo, contestó la criada.

—Anda aprisa á hacer lo que te dije, le replicó Tomás, habiéndole sido algo sensible la manifestacion de Teresa, quien al instante se marchó.

—¿Cómo no me habías dicho nada? le preguntó á su mujer.

—Yo.... estoy buena.

—Eso es mentira. Teresa acaba de decir que hace muchos dias estás lo mismo. Dime desde cuando.

—Desde que llegamos al campo.

—¿Ah! Pues esto ya es cosa de algun cuidado.... Y yo sin saberlo.... voto va.... ¿Y qué te ha hecho daño? Responde: harías algun disparate....

—Yo.... ninguno.

—¿Cómo? y entonces ¿qué tienes?

—Vine de la Habana así: estoy lo mismo: el aire del campo me mata.

—Esas son majaderías, Luisa, le respondió agriamente Tomás, viéndose ya como causa principal de aquellos males.

Vino á avisar la criada que ya estaba todo listo y se fué á acostar Luisa. Tomás se sentó en la sala, cavilando solamente en el compromiso en que se hallaba de ir al pueblo el día siguiente, en el que las peleas de gallos seguían, siendo allí necesaria su presencia. Veía su paseo casi frustrado por la indisposición de su esposa y no sabía que hacerse. Decía para sí:—“¡Que esta muchacha me incomode tanto...! me sirve solo de estorbo: ya me había libertado “del chiquillo, y creía descansar de una vez.... Pero, nada, “nada, á lo mejor se enferma, y cuando estoy comprometido.... Si mañana no voy al pueblo ¿qué dirán los del partido contrario? Que tengo miedo, porqué me ganaron hoy “tres peleas, y mañana.... mañana que les voy á echar el “*Guachinango*.... no, no: yo no puedo faltar ¿qué dirían si “sucudiese?” Y en estas y en otras reflexiones se pasó un gran rato, al cabo del cual, oyó gemidos en el cuarto de su esposa, á donde se dirigió al momento.

Apenas le vió Luisa, que tenía su cabeza recostada en el hombro de Teresa, le dijo con la mayor angustia y el dolor mas intenso.

—Tomás, yo me ahogo: este pecho me mata. Por Dios yo no puedo estar así....

Y cuando concluyó de decir la última palabra, dió su cuerpo tres sacudimientos terribles. Viendo Tomás retratada la muerte en el rostro de su esposa, corrió al batey.

—D. Juan, D. Juan—gritó llamando al mayoral; y apenas hubo llegado este—D. Juan [prosiguió] corriendo, dos negros listos: uno, que prevenga el quitrín y dos parejas para ir á la Habana al instante: el otro, que vaya al pueblo y le diga al médico D. Francisco de mi parte que venga al momento: aprisa, volando.

Después de dar estas órdenes, escribió una carta á su suegra, previniéndole que apenas llegase á su casa el caruaje se pusiese en camino para el cafetal, y trajese consigo al mejor médico que hallase.

CONCLUSION.

Cuando nuestras empresas teniendo un mal remate, lastiman el corazón, sucede, que teniendo que buscar la causa de tan infeliz resultado, casi siempre la dejamos bien cerca de nosotros para ir á encontrar en el misterio, region en la cual si no quedamos enteramente conformes, nos alivia bastante; que es menos duro, por cierto, achacar á ese destino, origen de muchas cuestiones, las penalidades de nuestra vida, que á la falta de buen plan en nuestras operaciones, ó á la poca bondad y al interés personal que en ellas nos acompaña. En caso bien igual se halló mi héroe Tomás en el curso de su vida matrimonial, y mas después, en los últimos acontecimientos que paso á referir, queriendo engañarse á sí mismo; pues allá en sus adentros, bien le gritaba la voz de la verdad, que siempre se presenta con la descubierta, á pesar de las contrariedades y oscilaciones faz de la vida.

A las seis de la tarde del dia después de haber caído en cama Luisita, ofrecía su habitacion, cerrada por todas partes y alumbrada de una sola luz, un cuadro bien interesante, asaz suficiente á llamar la atencion del mas adiestrado pincel.—Seis eran las personas que allí se hallaban.—Una jóven, todavía bien jóven; pero de rostro cadavérico, postrada en el lecho, abrazando con su manó izquierda un precioso niño que oprimía de cuando en cuando con cierto placer, muy marcado en sus ojos grandes, pero ya fáltos de brillo: el pulso de su derecha le tomaba entre sus dedos un hombre sentado en una pequeña silla, quien con la mayor atencion observaba los mas pequeños movimientos y el semblante de la enferma: á la cabeza de la cama, recostado en una mesa, con los ojos cubiertos y absorvido en mil pensamientos, otro hombre parecía querer hallarse muy lejos de aquel sitio: y mas allá, una señora anciana con la criada, componían oficiosas una medicina: á pesar de que alguno puede ya haber conocido á estas personas, diré, que las dos primeras eran Luisa y su niño; el hombre sentado; el médico de la capital; el pensativo, Tomás, y los demás D^ñ Serapia y Teresa.

De pronto, á una señal del médico, cambió la escena:

la criada se acerca al lecho, aquel se levanta y sale de la habitacion seguido de Tomás y su suegra.

Como apenas acaban de apearse del carruaje D^a Serapia y el médico, he aquí, que el último había tenido muy poco tiempo de que disponer; empero, no siendo de aquellos facultativos adocenados que solo aprenden el formulario de las recetas, ignorando aun los primeros rudimentos de la ciencia, hombre práctico é instruido, solo con diez minutos de contemplacion y algunas preguntas que hizo se penetró del triste estado de la enferma y del mal régimen, que el primer dia de su gravedad, se había observado por disposicion del médico de campo, quien recetó á ciegas varios brebajes que solo sirvieron para encharcar el estómago de la infeliz Luisa. La madre y el esposo con la mayor ansiedad se acercaron al doctor para saber el estado de la enferma; pero este, práctico en iguales circunstancias, consoló á Doña Serapia, disimulando por el pronto su terrible persuacion; mas luego que se halló á solas con Tomás, habló así:

— Señor D. Tomás, es preciso que se disponga su esposa de V. cuanto antes á recibir los sacramentos; porque aunque no está muy de peligro, y hay algunas esperanzas...

— ¿Conqué se morirá?...

— Yo le diré á V.: se necesita mucho cuidado para su curacion: antes de todo, separen ese niño de su cuarto: la emocion fuerte con que le recibió á nuestra llegada, la ha perjudicado bastante: después, arrojen todas esas medicinas ordenadas por el otro médico: se le aplicarán unos cáusticos que haremos ahora, y como á las doce de la noche le hallan hecho operacion, respondo de su vida.

— ¿Pero si no le hacen operacion?...

— ¡Ah! Entonces....

— ¿Morirá? Responda V.

— ¿Qué puedo decir á V? El mal es muy grave: en sus principios hubiera podido detenerse su curso; pero se le dejó tomar alas, y se ha hecho muy tarde. Mucho descuido ha habido, amigo mio: mucho descuido.

Estas palabras hicieron tal efecto en Tomás, que se dejó caer en un sillón como herido de un rayo, porque no queria verse, bajo ningun aspecto, la causa de aquellos desastres; puestambien entraba en sus planes de comodidad, que el público no pudiese acusarle algun dia, porque su desafecto podría servirle de obstáculo á sus placeres venideros. Era esta la principal razon que le affigia, así no debe el lector figurarse, por mas que lo desee, á este hombre arrepen-

tido; que por agradarle yo, no debo faltar á la verdad en los hechos que estoy narrando, y que ya tocan á su término.

A las diez de la noche habia ya Luisa recibido todos los consuelos de la religion, quienes, por decirlo así, bañaron su alma, y la dispusieron á percibir la retribucion de sus males, que bien amargos fueron, por cierto, en esta vida. El médico, habiéndole ya aplicado los cáusticos, no cesaba de examinarlos para cerciorarse del estado de la enferma; y cumpliendo con su, por entónces, penoso ministerio solo daba por respuesta á los que le preguntaban— “Veremos á las doce.”

Por último, el reloj señaló esta hora, y el doctor se acercó á la cama seguido de Tomás: desató los vendajes, observó los cáusticos, dirigió una triste mirada al esposo, y partió. Luisa hizo entonces un esfuerzo para acercarse al que le tenía su mano derecha asida, y se hallaba á su lado. Tomás en aquellos momentos hubiera querido estar á diez leguas de distancia; pero se atrevió á preguntarle:

—¿Tú me conoces?

—, *Yo te perdono.*—Fueron las palabras que con voz solemne salieron de los labios de Luisa!

A la una de la noche ya no existia.

OBRAS MORALES FRANCESAS.

Obras de Montaigne. Acabada su ilustracion en las cortes de Europa donde fué á estudiar los hombres, se hizo profundo filósofo y exacto observador. Advierte que solo la moderacion en los placeres lícitos puede prolongarlos. No quería ser únicamente filósofo con la pluma, quería serlo practicando la virtud. Ignoraba lo que iba á decir, pero sabía muy bien lo que decía: así sus obras no tienen orden ni método. No es elegante ni correcto, pero sí sencillo y enérgico: espone con la mayor sencillez las cosas mas grandes. J. J. Rousseau le ha robado muchos pensamientos. Al fin murió en 1592 como el mejor cristiano.

Saint Evremond. Instruido y satírico, tuvo muchos contrarios y padeció persecuciones. Los ingleses aman mucho su memoria. Sus mejores escritos, que ya no se leen sino por curiosidad, son una obra sobre los Griegos y Romanos, otra de las cosas que usamos en la vida, máximas, pensamientos sueltos, algunas cartas y la conversacion del mariscal d'Hocquincourt con el P.^o Canaie, que se atribuye con razon al presidente Charleval. Supo citar en su prosa el estilo

hinchado de Balzac y la afectacion de Voiture. Era epicureo racional y nada pedante. Sumamente descuidado en lo que escribía, tenía el talento de hacerlo bien sin profundizar nada. No es poeta, aunque hizo muchos versos. El mérito de sus cartas es contener algunas de Ninon Lenclos.

Reflexiones y máximas por el Duque Rochefoucauld. Se llaman máximas las verdades claras en que todo el mundo conviene; así poner este nombre á los principios particulares de un individuo, es un error. El autor todo lo atribuye en el hombre al interés, parece que para él el corazón humano no tiene virtudes: su obra es la coleccion de proverbios de un ingenio. 1670.

Caractères de la Bruyère, con las costumbres de este siglo; y los caractères de Théophraste, traducidos del griego por el mismo autor. Los originales son obras maestras: parecen pinceladas de Molière. Se le puede considerar como moralista y como escritor. Es sumamente sagaz cuando observa las diferencias que ocasionan en las costumbres y la conducta de los hombres, el choque de las pasiones sociales, los hábitos y la instruccion. Pinta al cortesano, altogado, al hacendado y lugareño en tiempo de Luis XIV. Como escritor, nadie puede competir con él en la variedad, finura y originalidad de su locucion. Le critican que pinta demasiado horribles los caractères malos, mas escribiendo para dar lecciones como aquel cómico, debía presentar el vicio en toda su fealdad. 1690.

Pascal:—Cartas provinciales:—Pensamientos de id.—Publicados en embrion á los 20 años de su muerte, se descubre en ellos todo el talento de este grande escritor. Sus Cartas provinciales son de lo mejor parlado y mas gracioso que se conoce en francés. Dividida la Iglesia de Francia entre *janse-nistas* y *molinistas*, fué de los primeros y se retiró perseguido á Port-Royal, desde donde atacó la religion de sus contrarios con las armas terribles é insidiosas del ridículo. Fué gran matemático. 1650.

Teoría de los afectos agradables, por Luis Juan Lévesque de Pouilly. Obra muy estimada, tiene todas las flores de la literatura, sin ninguna de las espinas de la erudicion. 1740.

Introduccion al conocimiento del ingenio humano, seguida de reflexiones y máximas por el marqués de Vauvenargues. Busca y estudia las fuentes de la virtud y se distingue así por su filosofía de los moralistas que solo indagan las de sus vicios. Quieren humillarnos con nuestras debilidades, y aquel nos engrandece enseñándonos el secreto de nuestras fuerzas: su filosofía encanta y fortalece. Tiene algunas reflexiones falsas ó que mal entendidas podrían ser contrarias á la religion 1740.